
ESPACIO
El mundo FUTURO
CHA' BRIL
¡NO SALGAMOS AL ESPACIO!
LAW SPACE


ESPACIO
El mundo FUTURO
CHA' BRIL
¡NO SALGAMOS AL ESPACIO!
LAW SPACE

COLECCION

No salgamos al espacio

por

LAW SPACE



EDICIONES TORAY, S. A.

Teodoro Llórente, 13

BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

GRAFICAS TRICOLOR – Eduardo Tubou, 19 Barcelona

NOTA PRELIMINAR

¡NO SALGAMOS AL ESPACIO!

¿Es una advertencia? Puede ser que sí. O bien pudiera ser el oscuro resultado de una de esas raras intuiciones que surgen de la negrura de la conciencia sin que ninguna razón lógica parezca darles vida.

¡NO SALGAMOS AL ESPACIO!

Porque... ¿hemos sido creados para hacerlo? ¿Estamos capacitados para salir del planeta en el que fuimos dejados, en el que nacemos, sufrimos, amamos y morimos?

¿Debemos intentar la aventura interplanetaria?

¡Estamos dispuestos a hacerlo! Dispuestos y preparados. En los inmensos laboratorios de astrofísica se está llevando a cabo el primer eslabón de esa nueva aventura humana que tiene por objeto la conquista del Espacio, del verdadero Espacio — con mayúscula— y se están dando ya los últimos toques a esos minúsculos y complejos aparatos que se han bautizado ya con el pomposo nombre de «satélites artificiales».

Nos hallamos en el «Año Geofísico», empezó ya 1957 y este año ha de quedar grabado en las páginas de la Historia con caracteres mucho más indelebles que el fatídico 1945 en que fue lanzada la primera bomba «A».

Los preparativos van de prisa y los cálculos también. El viejo y absurdo sueño de Julio Verne, las páginas descabelladas, en su época, del capitán Ignotus, cobran una actualidad palpitante y los ojos del mundo están ansiando ver rodar alrededor del planeta esos objetos que el Hombre va a lanzar al Espacio.

Se están empezando a vender parcelas sobre la helada Luna, nuestro verdadero satélite, y hasta es probable que en los estudios estratégicos de los Grandes Estados Mayores se cuente ya con una guerra de colonización en el astro nocturno que no era, hasta hace muy poco tiempo, más que motivo sobrado de composiciones poéticas.

Sí, parece que hemos llegado al momento crucial para el Hombre, al hito que separará definitivamente dos épocas históricas diametralmente opuestas: la del «Hombre terrícola» y la del «Hombre espacial».

Sin embargo, a pesar del entusiasmo general, de los cientos de páginas que se dedican a estos temas, de la seguridad que nos dan las potentes máquinas que surgen de los laboratorios, de la horripilante conquista que hemos hecho, en estas últimas décadas de la velocidad, atravesando todos los «muros» concebibles: el del sonido, el térmico… Sin embargo, repetimos, una pregunta «humana» surge por encima de todo el maderamen de entusiasmo y de palabras:

¿DEBEMOS SALIR AL ESPACIO?

Es casi imposible que otros seres, tan inteligentes o más que nosotros se hayan lanzado fuera de la barrera simbólica de su atmósfera. Pues todo, absolutamente todo, detrás de las nubes que contempláis cada día, es misterio y seguramente horror.

Los films y las novelas de anticipación os han hecho ver las maravillas de los viajes interplanetarios, las graciosas y potentes astronaves que hienden el éter camino de lejanos mundos y después de leer o ver, habéis sentido en el fondo de vuestra espíritu una voz que os decía: «Después de todo, es posible; algún día podremos realizar esos viajes.»

La civilización técnica y científica que sufrimos —no digo disfrutamos— os ha acostumbrado ya a convertir lo sorprendente en

real, lo imposible en cierto. Cada día, cuando desplegáis las hojas de vuestro habitual diario o ilumináis las pantallas de vuestros aparatos de televisión, nuevos descubrimientos sorprendentes, nuevos inventos o nuevas técnicas desfilan ante vuestros maravillados ojos, haciéndoos sentir el orgullo de pertenecer a este siglo que ha iniciado —tan desastrosamente— la tan cacareada Era Atómica.

No os dejéis engañar…

El espacio no es el mar tenebroso que atravesó valientemente Colón, ni las heladas tierras polares en las que se adentraron Admüdsen y Byrd, ni siquiera ese Sexto Continente donde empiezan a moverse los fantásticos «hombres ranas», el Espacio es la negrura infinita, el vacío: un muro de muerte y de desolación donde la palabra vida suena a hueco, a absurdo, a imposible.

Sólo en el Espacio pudo el hombre acercarse, sobre la realidad, al espantoso concepto del «Infinito» creado por la Matemática.

¡No seamos tan cándidos!

Baste, solamente, un ejemplo, un pequeño y simple ejemplo, para darnos una pobre y limitada idea del Espacio: la estrella, el sol, más cercano a nosotros, sin contar naturalmente el nuestro; la estrella Alfa del Centauro está situada a CUATRO AÑOS LUZ DE NUESTRO PLANETA.

¿Cuatro años luz? ¿Qué es, realmente, eso?

Pues lo que tarda la luz, moviéndose a la velocidad de TRESCIENTOS MIL KILÓMETROS POR SEGUNDO— ¡POR segundo!— en llegar del Alfa del Centauro hasta nosotros. Si calculamos, con unas cuantas multiplicaciones, los kilómetros que significan esos «4 años luz», nos encontramos con la cifra que he aquí; ¡37.869.120.000.000 kilómetros!

Naturalmente que esa cifra NO NOS DICE ABSOLUTAMENTE NADA. Nuestro cerebro es incapaz de captar SU VERDADERA SIGNIFICACIÓN.

¿Queréis la prueba?

Perfectamente: Todos sabemos, aproximadamente, la velocidad que han conseguido los aviones más rápidos del mundo. Exagerando bastante les concederemos los TRES MIL KILÓMETROS POR HORA — no logrados aún — y para ser más amables, llevaremos a soñar que el

hombre podrá llegar a moverse a la fantástica velocidad de DIEZ MIL KILÓMETROS POR HORA.

¿Satisfechos?

De acuerdo. Solamente me queda decir que a esa velocidad (como se ha demostrado en el lanzamiento de los cohetes de investigación de la Marina estadounidense, la mayor parte del material se desintegra y el ochenta por ciento de los aparatos de control fallan y dejan de comunicar los datos que tanto interesan a los hombres de ciencia) muchas cosas son ya completamente imposibles.

Pero no seamos excesivamente rigurosos para que no se nos tome por aguafiestas. Concedamos graciosamente que a 10.000 kilómetros por hora los ocupantes de una astronave se sienten como en su propia casa y que la astronave resiste impecablemente otras muchas cosas de las que se tratará más adelante.

¿Conformes?

Veamos ahora lo que tardaría, aproximadamente, ese maravilloso aparato, verdaderamente «de película» en llegar a la ESTRELLA MÁS CERCANA A LA TIERRA, A NUESTRO VECINO ESTELAR.

¿Preparados?

Vayamos a las cifras; la astronave tardaría en llegar la friolera de CUATROCIENTOS TREINTA Y DOS MIL DOSCIENTOS NOVENTA Y CINCO AÑOS, ES DECIR, CUATRO MIL TRESCIENTOS SIGLOS.

Seguimos, como antes, sin enterarnos.

Aclaremos un poco más las cosas: Hace 432.295 años el hombre no había aparecido aún sobre la Tierra.

Si pensarnos en que los vestigios de la civilización egipcia aparecen, aproximadamente, 5.000 años antes de Jesucristo y sumamos los 2.000 años de nuestra Era, tendremos 8.000 años, o algo así, desde que tenemos conciencia de una vida humana organizada. Mucho antes de que los egipcios levantasen las pirámides debía haber salido la astronave, camino de Alfa del Centaura, y le faltarían aún ¡CUATROCIENTOS VEINTICUATRO MIL AÑOS! PARA LLEGAR.

¿Para qué seguir?

Dejemos aquí las cosas complejas, las cifras, los cálculos y demás y

pasemos al fácil terreno de la fantasía donde todo es posible. Distraigamos la imaginación y entremos de llena en la novela para intentar pasar un rato agradable, que esa es la misión de los que escribimos.

Pero, amigo lector, no olvides lo que acabamos de decir y es posible, cuando acabes de leer lo que sigue, que estés un poco de acuerdo con lo que en él se dice y repitas, con nosotros, esa frase que al principio puede parecerte ridícula y timorata:

¡NO SALGAMOS AL ESPACIO!

Law Space



CAPÍTULO PRIMERO



S una locura, papá!

Jean Sebeil sonrió cuanto le dejaba la corta pipa que mantenía entre sus dientes. Su amplia frente se ennoblecía con la alba aureola que formaban sus bellos cabellos blancos.

¿Una locura?

Sin duda alguna. ¿No era una locura todo lo que había hecho la ciencia desde hacía veinte años? ¿No era locura la «radio», la televisión, el radar, la escisión del átomo, las fórmulas con que Einstein se había atrevido a había atrevido a concebir el mundo, el cosmos y la eternidad?

—Puede que tengas razón, Yolande; toda la razón. Lo paradójico es que una joven deportiva y audaz como tú califique de locura lo que, ciertamente, debía de entusiasmarle...

—No es eso, papá. No es lo mismo correr a ciento cuarenta con el «Alfa Romeo» que me has regalado que lanzarse al Espacio en un cohete para habitar, durante Dios sabe cuánto tiempo, uno de esos «satélites artificiales».

—No debes hablar así, pequeña. Los Estados Unidos y Rusia han lanzado, hace exactamente un año, en 1957, sus satélites artificiales que han constituido un verdadero éxito. Nosotros, los franceses, nos hemos limitado a leer los resultados obtenidos en esas estupendas experiencias. ¡Ya es hora de que digamos nuestra última palabra! ¡Imagínate la gloria que significará para nuestra patria el haber sido la primera en lanzar un satélite artificial «con un equipaje de seres humanos». ¡Nosotros seremos los primeros en salir de la atmósfera de

la Tierra, les primeros ojos humanos que verán al planeta «desde fuera»; los primeros exploradores del Espacio!

—¿Nosotros? ¿Quiénes son esos «nosotros»?

—Por el momento, René y yo…

—¡Eso es! Cuando tu hija había logrado encontrar un hombre, un futuro marido; cuando tu hija veía, al fin, un porvenir estable, cuando acababa de aprender el verdadero sentido del amor, tú escoges a René, el hombre que amo, como ayudante en esa empresa diabólica…

—No seas tan dura, Yolande. Cuando René regrese de ese fantástico viaje al espacio, el mundo le aclamará como a un héroe precursor de una época maravillosa para la Humanidad. Un pionero de los viajes estelares y su nombre sonará por doquier y no será olvidado jamás.

—¿Y si no vuelve? ¿Y si no regresáis? ¿Que será de mí?

—¡Bah, gran pesimista! Las pruebas hechas hasta ahora con los satélites artificiales demuestran sobradamente que los peligros que se temían no son tan tremendos como se imaginaba.

—¡Pero no iba ningún ser humano en esos aparatos! ¿Crees que no he leído lo que los rusos han dicho del pobre chimpancé que han enviado con su satélite artificial? Él pobre animal se niega a comer, a beber y los sabios soviéticos se ven obligados a alimentarle por sonda… ¿Qué horrores no habrá visto esa desdichada bestia? ¿Qué terrores no habrá experimentado?

El profesor movió la cabeza sin dejar .de sonreír:

—No olvides que se trata de un animal, pequeña. Sus terrores y sus reacciones no dejan de ser animales. El chimpancé, dígase lo que se diga, no razona y al no hacerlo está en franca inferioridad con los seres humanos. ¡Lo que le ha pasado al chimpancé no tiene que ver nada en este asunto!

Hubo un silencio largo, de diferente significación para cada uno de los interlocutores.

Yolande, repleto el corazón de una indomable angustia, veía peligros por todas partes. Sebeil, por su parte, gozaba ya por anticipado de los fantásticos resultados que se derivarían de tan tremenda aventura científica.

Eran dos mundos completamente distintos los que vivían en los espíritus del profesor y su hija. Dos concepciones diferentes que no podían hermanarse jamás.

—¿Cuándo piensas iniciar ese viaje, papá?

Jean Sebeil sonrió, creyendo convencida y vendida la tozudez de su hija. Lejos de comprender la, angustia que crecía en el corazón de Yolande e incapaz de tener en cuenta la ilusión amorosa de una joven, tan alejada de las fórmulas matemáticas que recorrían su mente, el profesor se consideró feliz ante la pregunta de la muchacha.

Contestó, eufórico:

—Cuanto antes, querida. Todo depende de la reunión que tendré mañana con algunos miembros del gobierno.

—¿Vas a París?

—Salgo esta noche. René me acompaña.

—Perfectamente. Iré a pasar la tarde con unas amigas.

—Me parece muy bien.

La joven se levantó y acercándose al viejo profesor, besó tiernamente aquella amplia frente bajo cuya piel pasaban tantas cosas que Yolande no llegaría a comprender jamás.

—Hasta luego, papá.

Yolande salió de la estancia, descendiendo directamente al garaje donde se hallaba el más preciado regalo que el profesor le había hecho: un «Alfa-Romeo», todo azul celeste que causaba una constante admiración a cuantos la veían surcar las carreteras de la Costa Azul a una velocidad de vértigo.

Una vez en marcha, la joven, mientras apretaba incesantemente el acelerador, pensaba en las palabras que el profesor le había dicho momentos antes en el salón familiar.

«No, no podía ser lo mismo aquella fiebre de velocidad que empapaba de entusiasmo a la joven y el horrible viaje al Espacio que su padre preparaba»

«Debo impedir, sea como sea, que René le acompañe»

No tenía aquella idea nada que pudiese juzgarse como falta de amor para con su padre. Yolande estaba plenamente convencida de que no lograría nunca separar un solo milímetro al profesor de su idea.

Pero René…

Estaba segura de que el joven se había decidido a acompañar al profesor porque amaba a Yolande. Y ella deseaba demostrarle que al obrar de aquella forma no ponía más que obstáculos a un amor que se anunciaba verdaderamente maravilloso y prometedor.

Sin saber exactamente por qué, detuvo su «Alfa-Romeo» frenándolo bruscamente en mitad de la carretera. Había empezado a anochecer y las primeras estrellas temblaban ya tímidamente entre algunos jirones de nubes.

Yolande las miró casi con odio…

¿Que necesidad haría. Señor, de ir hacia allá, más allá de las nubes, al fondo horrido de los espacios?

—¿Por qué no quedarse aquí—, se inquirió en alta voz la joven —entre las cosas conocidas, entre la alegría de vivir, el gozo de amar y la melancolía de ver pasar el tiempo, los años…? ¿Por qué alejarse de la buena tierra en busca de algo que no podía ni concebirse siquiera?

Volvió a poner el coche en marcha mientras entre sus blancos dientes se escapaba, silbando, la única palabra que podía servir de colofón a sus ideas:

—¡Es una locura!

Al penetrar en Niza por las amplias avenidas iluminadas, al contemplar las abarrotadas terrazas de los bares bajo los frondosos árboles, al mirar a las parejas de enamorados en los bancos junto a los malecones, Yolande se sintió tremendamente desdichada.

¿Por qué no sería ella una de aquellas mujeres, René uno de aquellos hombres y su padre cualquiera de aquellos viejos señores que discutían de política o de recuerdos con sus coetáneos?

Aquellas gentes no sabían de las estrellas más que lo que todo el mundo: que vistas desde la Tierra, en una de las noches claras de la Costa Azul, eran como un manto cuajado de brillantes que formasen un fondo ultraterreno a las pobres ilusiones humanas.

¿Para qué más?

Era suficiente ver las estrellas reflejadas en las pupilas de la persona amada; suficiente y hermosísimo a la vez...

Detuvo el coche junto a la puerta del hotelito que habitaba René. La verja estaba cerrada y Yolande atravesó la pequeña puerta vecina, haciendo crujir bajo sus altos talones los guijarros del paseo que recorría el jardín.

La luz del despacho estaba encendida, prueba evidente de que René estaba trabajando allí.

Oprimió el timbre con cierta impaciencia.

Lucas, el mayordomo, acudió presuroso a abrir la puerta. Su rostro, generalmente grave, se dulcificó al reconocer la personalidad de la visitante.

—¡Buenas noches, señorita Sebeil!

—¡Buenas noches, Lucas! ¿Quiere prevenir al señor?

—Inmediatamente.

Como si no los conociese de memoria, Yolande pareció interesarse bruscamente por los cuadros modernistas que adornaban el «hall» de la casa de su prometido.

En realidad, intentaba vanamente controlar el estado de sus nervios y borrar cuanto antes las imágenes que su paseo por Niza había grabado profundamente en su mente.

—Querida.

Giró sobro sus talones, encontrándose en los brazos de René que la besó dulcemente. Luego, cuando ella logró, merced a un gran esfuerzo, separarse de los brazos de René, sus miradas se cruzaron largamente en silencio.

—¡Qué sorpresa más agradable, Yolande!

—¿De verdad?

—¿Qué quieres decir?

—¡Pensabas despedirte de mi antes de ir a París?

—¿Cómo puedes dudarlo, amor mío? Al adelantarte a mis propósitos, no has hecho más que proporcionarme un mayor tiempo para poder pasarlo contigo.

—No eres muy exigente en lo de «tiempos»...

René enarcó las cejas.

—No acierto a comprenderte.

—No te preocupes; dentro de poco me comprenderás perfectamente. ¿Es qué no vas a darme nada, de beber?

—¡Perdona! Estaba distraído.

Pulsó el timbre y apareció Lucas.

—Sírvenos algo, Lucas.

El mayordomo miró a la joven.

—Para mi un «Martini» seco; para el señor un doble «Martel».

—Ya sabes que no bebo coñac, Yolande.

La muchacha no le miró siquiera y dirigiéndose, como siempre, a Lucas:

—Traiga lo que le he dicho; el señor va a necesitar el «Martel».

Momentos más tarde, cuando las bebidas estuvieron servidas sobre la ovalada mesita y Lucas, tras una profunda reverencia, hubo desaparecido, René, mirando insistentemente a su novia:

—¿Ocurre algo grave, querida?

Ella dejó escapar un risa cristalina en la que habla una cierta nota de nerviosismo histérico.

—¿Por qué 1o dices, René? ¿Por el «Carlos Martel» que he pedido para ti? Ya le he dicho a Lucas que lo vas a necesitar. ¿Me das un cigarrillo?

Lanzó un cono de humo azulado, siguiendo su curso ascendente hacia el techo. Sin bajar la cabeza y como si su prometido estuviese muy lejos, ausente:

—Escucha, René: no quiero que vayas con papá.

—¿Vas a dejarle ir solo a París?

Ella sabía que aquella respuesta no implicaba maldad o disimulo, sino que buenamente había creído él que Yolanda se refería al viaje de aquella noche.

—No me refiero a París, querido, sino a lo «otro».

—¿A lo otro?

—Si. Me refiero, exactamente, a vuestro viaje intersideral.

Hubo una larga pausa.

También René había separado su mirada de la joven y parecía particularmente obsesionado por un montoncito de ceniza que había caído sobre la alfombra.

—Yolande…

—¿Qué?

—Tú no puedes pedirme eso.

Ella le miró fijamente y un relámpago de cólera lució en sus bellas pupilas.

—¿Qué no puedo pedirte eso yo? ¿Por qué? ¿Por ser la hija del hombre que va a cometer una absurda locura? ¿Por ser al mismo tiempo la prometida del ayudante de ese hombre? ¡Te equivocas, René! Soy yo quien te lo pido y quien desea que te decidas ahora mismo; que me des una respuesta definitiva.

Había en los ojos del joven investigador una luz de tristeza.

—¿Temes que nos ocurra algo?

—Sí.

—He debes ser pesimista, amor mío. Todo ha sido meticulosamente preparado y triunfaremos completamente.

Ella le miro fijamente; por primera vez, desde hacía un momento, sus miradas se encontraron.

—Te he rogado una respuesta…

—No puedo dártela…

—Entonces, concluyendo: ¿vas a acompañar al Espacio a mi padre?

—No tengo más remedio, Yolanda.

—¿Y nosotros?

—Estamos íntimamente ligados a ese viaje, querida.

—¿Nosotros? ¿Qué nos importa lo que pase al otro lado de la atmósfera? ¿Qué me importa a mí? ¿Qué te importa a ti?

René no contestó.

—¿Tiene más importancia para ti esa loca experiencia que nuestro futuro, que… nuestro amor?

El joven guardó silencio.

Levantándose bruscamente, la joven recogió los guantes que había dejado sobre la mesita, al lado de su «Martini» intacto.

—Adiós, René.

El joven le dirigió una mirada repleta de angustia. Hubiese deseado, en aquel momento, hacerle comprender cuánto la quería y, al mismo tiempo, que ella entendiese, sin necesidad de enojosas explicaciones, hasta dónde estaba ligado en el tremendo experimento que se disponía a hacer el profesor Sebeil.

Ella caminó hasta la puerta, la abrió sin volverse, cerrándola con dulzura como si temiese que un golpe brusco cortase demasiado definitivamente aquella separación que acababa de imponerse.

* * *

—Estamos orgullosos de usted, profesor y Francia entera sentirá, como nosotros, la significación histórica del hecho más importante que el Hombre haya realizado jamás.

Sebeil sonrió halagado.

Aquélla era la tercera vez que el jefe del Gobierne le significaba su agradecimiento en nombre del país. Los otros miembros del Gabinete hacían explícita y patente su adhesión a las palabras del jefe y coreaban con aplausos las frases retóricas que éste había pronunciado.

Sin embargo, a pesar del íntimo placer que experimentaba en aquel agradable ambiente, el profesor no dejaba de mirar, con constante insistencia, el rostro del Ministro del Interior que debía, muy pronto, dar la solución al problema más arduo de la expedición al Espacio.

Jean Sebeil esperaba con impaciencia que la reunión oficial terminase para oír de los labios del ministro la respuesta ansiada y que era, con mucho la mayor preocupación que le había desvelado en las últimas semanas.

Desde que, en el mayor secreto, se habían iniciado los preparativos para la colosal aventura y que se habían reunido, igualmente en secreto, las comunicaciones estadounidenses y soviéticas sobre los resultados obtenidos por el lanzamiento de los satélites artificiales el año anterior, 1957, un problema delicadísimo se había planteado ante el profesor: el del equipaje humana que necesitaba, ya que el aparato tenía capacidad para seis personas.

Demostrando una habilidad extraordinaria, el ministro había sondeado la opinión pública, por medio del Instituto Gallup galo, buscando los voluntarios que estarían dispuestos a tentar la aventura «en caso que tal cosa fuese científicamente realizable».

Pero la sorpresa general fue el comprobar que cuando se habló seriamente a los candidatos, que en gran número se habían presentado, creyendo de buena fe que se trataba «de una de las bromas del siglo», todos ellos retrocedieron aterrados ante la posibilidad de que tal «enormidad» pudiese hacerse.

Nadie quería ir.

Aquello trastocó brutalmente los planes del profesor y planteó un problema que, de no solucionarse, arruinaría totalmente el proyecto.

Demostrando el vivo interés que por la cuestión experimentaba, el ministro tanteó cuanto pudo, dirigiéndose a la Legión Extranjera; pero, desdichadamente de nada sirvieron sus promesas y hasta las veladas coacciones. Los hombres que parecían estar románticamente hermanados con la muerte, demostraron estar dispuestos a morir en

una batalla pero no a dejar de existir en un pequeño globo de metal que, en el mejor de los casos, podía flotar eternamente en la línea límite de la zona de atracción terrestre.

De todas formas y después de medio año de silencio, el ministro, al telegrafiar al profesor, que ya andaba un poco desorientado, terminó definitivamente con las dudas y las palabras en que había concebido el telegrama colmaron de dicha a Sebeil:

«TODO ARREGLADO STOP TENGO SU TRIPULACIÓN STOP ENHORABUENA STOP MERCIER STOP.

Ahora, mientras la ovación final ponía un glorioso colofón a las entusiastas palabras del Primer ministro, el profesor sonreía, más porque aquello terminase que por otra cosa.

Por eso, cuando seguido de René se dirigió al despacho particular del ministro, su corazón latía con el mismo impulso que cuando recibió la autorización oficial y los fondos necesarios para realizar la más estupenda aventura que podía desear un hombre de ciencia,

—Pasen, pasen y tomen asiento.

Se estrecharon efusivamente las manos y el ministro, un hombre tan delgado como elegante, tan pulcro como nervioso, empezó a hablar en seguida con su reconocida vehemencia:

—;Ya lo tengo, querido Sebeil! ¡Lo he logrado!

—No sabe cuánto se lo agradezco y cuánto se lo agradecerá Francia y la Humanidad entera. ¿Dónde encontró esos voluntarios, excelencia?

El ministro enarcó las cejas; indudablemente, alguna palabra de las que acababa de pronunciar el profesor no había «encajado» perfectamente en su manera de ver las cosas:

—Lo que se dice «voluntarios»… —murmuró.

Sebeil no supo qué decir. Internamente, le repugnaba que se obligase a nadie a una cosa semejante que, por otra parte, no concebía cómo la Humanidad podía haberse negado a secundar tan gloriosa empresa.

—No lo entiendo —terminó diciendo.

—Voy a intentar explicarme, profesor. Ya sabe que hemos

intentado por todos los medios a nuestro alcance, procurarle una tripulación de «élite»; un grupo de hombres en los que pudiese usted poner toda su confianza; lo que los americanos llaman «un buen equipo». Desdichadamente, tal cosa no ha sido posible…

Abrió los brazos en un gesto melodramático que no dejaba de poseer una cierta comicidad.

—De todas formas —prosiguió diciendo—, los hombres que voy a proporcionarle son rudos, audaces y sabrán responder hasta en los momentos de mayor peligro.

—¿Dónde los ha encontrado?

—En Fresnes.

—¿En el presidio?

René, que no intervenía para nada m aquella conversación privada, no pudo menos de sonreír.

Mercier, el ministro, por su parte no sabia lo que decir. Fue el profesor quien encogiéndose olímpicamente de hombros murmuró en voz queda:

—¡Después de todo, es igual! Criminales o no, lo importante es completar la tripulación.

—Eso es lo que yo pensé. Aunque hayamos mantenido el secreto de los preparativos, es posible que, si no nos damos prisa, alguna otra potencia se nos adelante y eso sería definitivamente fatal para nuestra Historia.

—Perfectamente.. ¿Cuándo estarán dispuestos esos… hombres?

—Creo que muy pronto. Sin embargo, desearía que usted o su ayudante fuesen a hablar con ellos. El director de Fresnes ya está avisado y creo que les habrá propuesto su salvación.

—Comprendo.

Permaneció unos instantes en silencio y luego, volviéndose a René:

—¿Quiere usted ir a verlos, amigo mío?

—¿Per qué no? ¿He de partir ahora mismo?

—Cuanto antes mejor, René.

Una vez fuera del Ministerio y cuando se estrechaban las manos, para dirigirse cada uno a su coche, René, sin soltar la del profesor:

—¿Ha hablado usted con Yolande?

—¿De qué?

Las cejas blancas del hombre de ciencia se enarcaron un tanto:

—De nuestro viaje.

—Sí.

—¿Qué opina?

—Que se trata de una locura y que usted debía haberse negado a acompañarme...

Hubo una corta pausa.

—Escuche, René. Yo no puedo obligarle a que forme parte de la expedición, aunque, para serle sincero, me gustaría no hallarme solo, con esos hombres, en el aparato. Su compañía me sería verdaderamente preciosa...

—Yo no he dicho —protestó el joven con vehemencia— que no vaya a acompañarle, profesor. Además de que lo considero como un gran honor para mí y un gigantesco paso en mi carrera, el Interés científico de ese viaje me entusiasma tanto como a usted. Solamente deseaba hacerle una última pregunta...

—La que desee, René.

—¿Ha hecho testamento?

—Sí. Dejo todos mis bienes a Yolanda.

René sonrió complacido:

—Yo también he testado.

—¿Usted?

—Sí. Dejo todo cuanto tengo y cuanto heredé de mis padres a Yolande.

El profesor, franca y sinceramente emocionado, abrazó enérgicamente al joven:

—Somos un poco infantiles, René. Volveremos y mi mayor alegría será la de verle convertido en mi yerno.

—¡Gracias, señor!

CAPÍTULO II



LAUDE Vallon, e1 ventripotente director de Fresnes —la más temible prisión de la metrópoli— abandonó su cómodo sillón lanzando un suspiro que significaba el pesar que tenía de dejar aquella posición a la que lo colosal de su organismo le obligaba casi constantemente.

Richard Corbeil, su ayudante, no se atrevió a tenderle la mano para ayudarle en el penoso esfuerzo que estaba realizando, porque sencillamente y desde hacía muchísimo tiempo, odiaba cordialmente a su jefe que, muy por encima del defecto físico que le afectaba, poseía

las peores cualidades que podían haber sido reunidas en un solo hombre.

La crueldad y la cobardía parecían ser los vértices sobresalientes de aquella personalidad que hacía sentir, tanto a les internados como a los empleados de la prisión, la férula de su mandato despótico.

Claude se sabía odiado, pero no parecía importarle mucho y hasta parecía gozar al presentir las maldiciones de sus subordinados que, naturalmente, no pasaban de ser eso: simples y vanas maldiciones.

Lo mismo ocurría con los presos. El director conocía perfectamente les sentimientos asesinos que provocaba su simple aparición y sonreía beatíficamente al descubrir en los rostros severos aquel gesto de odio y el brillo homicida en las pupilas, detrás de las sólidas rejas.

Lanzó un nuevo suspiro, esta vez de satisfacción por haber logrado incorporarse y mirando fijamente a Richard.

—Prepare la guardia, amigo; vamos abajo.

—Sí, señor.

Aquella era otra de las costumbres provocativas del director hacerse acompañar por seis hombres, armados hasta los dientes, cuando se adentraba en las galerías. Le gustaba, sin duda alguna, exhibir su poder y refocilarse de la expresión terrible que los detenidos adoptaban ante aquella exhibición de fuerza que ciertamente estaba fuera de su lugar.

El ascensor, diez minutos más tarde, les hundió en las lóbregas profundidades de Fresnes. A la luz del día sucedió la de las lámparas y la de los reflectores que ponían notas metálicas sobre los sombríos muros.

Al estilo de las modernas prisiones estadounidenses, Fresnes poseía amplísimas galerías, bordeadas de celdas completamente abiertas y que habían sustituido a las viejas celdas.

De esta manera, la vigilancia podía hacerse mucho más efectiva y en caso de la menor duda, los reflectores iluminaban las estrechas jaulas hasta el fondo, cegando violentamente a sus ocupantes.

Desde los pasillos superiores, los guardas, armados de metralletas, vigilaban las entradas y salidas. Cuatro veces al día movilizaban totalmente a los cinco mil hombres que residían allí por la fuerza.

Claude, a la cabeza de su guardia imponente y seguido por su ayudante, hizo, como de costumbre, una teatral entrada en las galerías. Sacando e1 pacho cuanto podía, cosa bastante difícil debido a su tremendo vientre, sonreía constantemente, lanzando divertidas miradas a los presos y sin dejar de hacer, en voz alta y tonante, sabrosos comentarios.

Tenía ya una fama tremenda de provocador.

—¿Qué le parece, señor Corbeil? —inquiría dirigiéndose a su paliducho ayudante—. ¡Fíjese en el dinero que gasta el Estado inútilmente con estos bandidos! ¡Cuántas escuelas podían hacerse con la comida que se comen!

—Sí, señor.

Aquella era la respuesta inevitable de Richard que, avergonzado, caminaba con la cabeza inclinada.

—Cuando paso por aquí —siguió diciendo el director sin bajar el tono de su voz— recuerdo mis paseos, de la mano de mi padre, por el Zoo de Paris. ¿No le hace gracia, Corbeil?

—Si, señor.

—¡Era estupendo! Papá, que era un hombre muy instruido, se detenía ante cada jaula y me explicaba las características de cada animal, sus costumbres, el país que habitaba y hasta ciertas anécdotas que había escuchado de los labios de famosos cazadores que había conocido.

Se acercó a la celda 233, habitada por Pachá, «le bico» ([1]), el hombre más alto de toda la prisión:

—Mi padre se acercaba así a las jaulas y me decía: «Fíjate, Claude, en la jirafa. Es un extraño animal que no pertenece a nuestra época y que nos ha quedado como prueba de los animales que habitaron la Tierra en épocas remotas. Observa su aire estúpido, su necio aspecto. La jirafa, hijo mío, es un animal completamente mudo que no es capaz de emitir el menor sonido.

El prisionero, pálido como la muerte, no pudo resistir más.

—¡Haluff! ([2]) — gritó con vea estentórea,

Claude sonrió divertido.

— ¡Corbeil!

—Señor .

—Diez días de celda especial para la jirafa.

—Sí, señor.

—¡Haluff! —escupió el prisionero.

Sin dedicarle una nueva mirada, el director prosiguió su paseo.

—Son recuerdos verdaderamente emocionantes, Richard.

—Sí, señor.

Habían llegado al final de la galería y un «entínela, allí apostado, les abrió una pequeña puerta blindada por la que parecía tremendamente difícil que Claude pasase.

Los hombres de la guardia hicieron un gran esfuerzo para ahogar la risa quo les subía a la garganta.

Al otro lado de la puerta blindada no habla más que una sala inmensa en cuyo centro se levantaba una celda, más bien una jaula, en la que cuatro hombres jugaban animadamente a las cartas. Un pequeño aparato de radio dejaba en el espacio una facilona música de acordeón y el humo de los cigarrillos se enredaba en los barrotes antes de ascender lentamente hacia el alto techo.

—¡En pie! —gritó Corbeil.

Ninguno de los cuatro se movió.

Iba a gritar nuevamente el ayudante cuando el director le cogió el brazo apretándolo con fuerza:

—No se moleste, Richard. Estos hombres son mis amigos.

Los cuatro prisioneros se sorprendieron y dejando las cartas, sin dejar no obstante las colillas que tenían pegadas a los labios, miraron al odiado gordo con cierta curiosidad.

Claude se había acercado a la reja, pero se mantenía a una respetable distancia.

—¡Buenos días, amigos!

Su saludo quedó sin respuesta.

Sin dejar de sonreír, el director les miró fijamente, uno tras otro, en silencio.

—¡Tú, Robert! ¿Cuánto os falta?

Robert Leblond, un gigante, de peludas manos, se levantó lentamente.

—¡No te reirás de nosotros como de los desgraciados de la galería, puerco! ¿Por qué no nos envías un mes a la celda de castigo?

—Te estoy hablando seriamente, Robert.

—¿Seriamente? Será la primera vez que oigo a un cerdo hablar con seriedad. ¿Quieres saber cuánto nos queda, eh? ¿Es que no lo tienes apuntado en tu despacho? ¡Nos quedan doce horas! ¿Contento ahora, puerco?

El rostro del director no había perdido su sonriente aspecto y los insultos de aquel hombre parecían reflejarse vanamente en su voluminosa personalidad.

Entornó los ojos:

—No sabes cuánto lo siento... por ti, Robert.

Algo debió intuir el gigante, porque palideció un poco.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Cómo? ¿Ya no me tuteas, Robert, amigo mío? ¿Ya no me llamas cerdo, puerco y todas esas cosas que con tanto placer me decías hace unos instantes solamente? Hasta ahora, sabiendo que no te quedaba más que unas horas de vida y que la guillotina era tu final merecido, podías permitirte el insultarme como querías. Porque, ¿qué castigo se puede imponer a un condenado a muerte? ¡Has perdido tu antigua listeza, querido! ¡Fíjate en tus amigos! Ellos, como tú, van a morir mañana, pero son mucho más inteligentes y no tienen la cabeza llena de serrín como tú... ¡Fíjate en ellos, Robert y aprende! Están seguros, desde hace unos instantes, de que no van a morir y desde que he entrado en esta sala, han comprendido que algo muy importante debía de haber ocurrido para que el director viniese particularmente a verles... ¿no es verdad, muchachos?

Los otros tres se habían puesto rápidamente en pie, tirando las cartas y las colillas y manteniéndose en una posición rígida de «firmes». Una luz de esperanza brillaba en sus pupilas.

—Sí, señor — respondieron humildemente y al unísono.

Claude sonrió satisfecho de su sutil triunfo.

Volviéndose al gigante:

— ¡Qué lástima, Robert! Recuerda que, al llegar ante la celda, te he llamado «mi amigo», te he tendido la mano como a un hermano, te he tratado particularmente bien y... ¿qué he obtenido? ¡Insultos!

La frente de Robert estaba perlada de un sudor frío y su cuerpo se estremecía como si acabase de atrapar la malaria.

—Perdón... —musitó.

El director miró a los otros:

—¿Os dais cuenta, muchachos? Ahora pide perdón, se rebaja, quiere borrar, en un instante, todo lo que me ha dicho; desea que olvide que me ha llamado «puerco» y «cerdo» repetidas veces, que se ha reído y burlado de mí delante de vosotros y delante de mis hombres. ¿Qué os parece que debo hacer?

—¡Que muera en la guillotina, señor!

Nunca había sido Claude tan feliz como en aquellos instantes y desde luego estaba demostrando que era un maestro de la crueldad y que conocía perfectamente las bajas y egoístas reacciones de aquella carne de horca.

Blanco como la cera, el gigante no tuvo ni fuerzas para manifestar su odio hacia sus compañeros, que acababan de venderle de manera tan inicua.

Sus piernas temblaban tremendamente y hasta sus dedos, sus macizos dedos peludos, que habían estrangulado a tres personas, se movían nerviosamente...

—¡Perdón! —volvió a exclamar.

Claude sonrió complacido:

—Escucha, perro... —empezó a decir—. Voy a darte una

posibilidad, la única. Si es verdad que deseas conservar tu miserable pellejo y no quieres que la guillotina te corte el cuello tienes que hacer lo que yo te diga.

—¡Lo que usted diga, señor director!

Una luz de esperanza brilló en sus pupilas y el cerúleo color de su piel se sonrosó un tanto:

—¡Lo que usted mande! —volvió a repetir.

—Está bien. Cuando pasaba por las galerías, Pachá me ha insultado. Le he puesto diez días de celda, pero preferiría que fueses tú quien lo castigases.

—¡Le mataré!

—No te he pedido tanto. Una buena paliza y basta. Tus músculos son fuertes y la comida de los condenados a muerte es abundante. ¿No es así?

—¡Es excelente, señor!

—Perfectamente.

Se volvió a su ayudante:

—Haga que traigan al «bico».

—Sí, señor.

Minutes más tarde, el gigantesco árabe estaba en la sala. Su mirada expresaba sorpresa, no dijo nada.

— ¡Richard!

—Diga, señor.

—Haga salir a mi amigo Robert.

El gigante salió de «la jaula».

El director se volvió hacia el alto africano:

—Verás, Pacha: Robert se ha enfadado mucho al enterarse da que me has insultado y quiere pedirte una explicación.

La mirada del moro se clavó en los ojos de su compañero de cautiverio. Evidentemente no comprendía mucho todo aquello.

—¿Qué pasa, Robert?

—Que te voy a partir todas las muelas si no pides perdón al señor director.

Pacha abrió la boca, mudo de sorpresa.

—Pero... ¿eres tú, Robert, viejo amigo, quien me pide eso?

—¡Yo no soy amigo tuyo!

El árabe hacía trabajar febrilmente su elemental y primitivo cerebro sin llegar, no obstante, a comprender absolutamente nada.

El gigante avanzó amenazadoramente hacia él:

—¡Retira tu insulto, Pachá!

No deseando romperse más las meninges, el árabe se dispuso a la lucha. Sin entender nada de lo que ocurría, su odio se enfocó hacia Robert.

Nunca vieron los ojos de los guardianes ni los del entusiasmado Claude un combate semejante.

Como dos fieras salvajes, los prisioneros se lanzaron ferozmente el uno contra el otro, descargándose golpes que sonaban lúgubremente como si alguien estuviese partiendo gruesos troncos de leña.

Al principio, el árabe, debido a su colosal estatura, pareció llevar las de ganar; pero, poco a poco, el peso y la potencia combativa de Robert se fueron imponiendo, milímetro a milímetro, segundo a segundo.

Pacientemente, el gigante francés fue adentrándose en la guardia del colosal africano y sus puños, velludos como extrañas mazas primitivas, penetraron por los intersticios que la fatiga iba abriendo en la defensa de su contrario.

Brutalmente, algo sonó en el silencio, solamente cortado por la respiración de los luchadores; algo lúgubre, terrible, definitivo...

El puño izquierdo de Robert, lanzado a una velocidad escalofriante, había logrado pasar sobre la guardia de Pacha, cayendo como una

exhalación sobre el rostro del árabe.

Pómulos, molares, vómer, palatinos y dientes; huesos y más huesos se redujeron a una papilla sanguinolenta que estalló como esos vidrios especiales de las ventanillas de los coches modernos, fraccionándose en pequeñísimos trozos...

Lanzando un alarido horrible, Pacha se desplomó.

—¡Bravo, Robert, amigo mío!

El gigante respiraba fatigosamente. Una sonrisa de triunfo entreabría ligeramente sus labios.

—¡Gracias, señor!

Claude le volvió la espalda.

—¡Corbeil!

—Sí, señor.

—Abra la celda a los demás condenados a muerte y condúzcalos, después de bañados y vestidos de limpio, a mi despacho.

Seguido do su guardia, el obeso director de Fresnes volvió a atravesar dificultosamente la pequeña puerta blindada que separaba el espacio de los condenados a muerte de la galería principal de la prisión.

Una sonrisa ornaba, como de costumbre, sus labios.

Los presos, que habían seguido con interés la marcha de Pachá, al no verle aparecer, adivinaron lo que había ocurrido.

Todos, al unísono, sin moverse, empezaron á silbar promoviendo un escándalo tan formidable como irrefrenable.

Claude sonreía siempre.

Al pasar ante la celda vacía del árabe, se detuvo unos instantes y acordándose de que Corbeil sé había quedado al otro lado de la puerta blindada, para ocuparse de los condenados, se volvió a uno de los hombres de su guardia:

—¡Fíjate, muchacho! ¡Nos hemos quedado sin jirafa! ¿No es una lástima?

CAPÍTULO III



O ha visto a mi hija, René?

—No, señor. Pero no creo que tarde mucho.

—Está bien. Vamos a alojar a esos hombres.

Los cuatro condenados de Fresnes habían llegado la noche anterior, vestidos de personas decentes, afeitados y hasta perfumados, demostrando no obstante la poca costumbre que les habla quedado, después de su larga estancia en presidio, de llevar otras ropas que las grises de la prisión.

—Deben de estar en la barraca número 3.

—¿Qué tal son, René?

—Corrientes. Todos ellos con varios asesinatos sobre las espaldas.

—Olvidémoslo. Lo que interesa es que colaboren.

—Lo harán.

Marcharon rápidamente, dentro del campo secreto del lanzamiento, hacia uno de los metálicos barracones.

El Gobierno les había protegido eficazmente contra la curiosidad del mundo exterior y solamente diez periodistas, que no pedían comunicarse con sus respectivos periódicos hasta que el aparato hubiese partido, habían sido admitidos y estaban custodiados, por el momento, en uno de los barracones, lejos de los teléfonos tentadores.

—He comprado dos pistolas, profesor.

—¿Para qué, Rene?

—No lo sé, por pura precaución.

—Me parece inútil, pero no está del todo mal.

Llegaron al barracón número 3 y penetraron en el interior, después de hacerse conocer al centinela que vigilaba la puerta.

Cuatro hombres jugaban a las cartas en una mesa. La bebida les había sido prohibida por el momento.

— ¡Buenos días, señores!—saludó Sebeil.

Todos se levantaron respetuosamente, abandonando las cartas.

—Soy el profesor Jean Sebeil, jefe de la expedición; éste, al que ya conocen, es mi ayudante, el señor René Varton. Hagan el favor de presentarse.

—¡Robert Leblond!

—¡Claude Blasson!

—¡ Pierre!

—¿Pierre, qué? — inquirió el sabio.

—Pierre a secas, señor; pero me llaman el «Desdentado».

Al sonreír, su boca vacía de piezas óseas fue la más explícita declaración que pudo hacer.

—¡ Henri Léchoir!

—Perfectamente. Deben estar preparados, señores. Dentro de media hora saldremos lanzados al espacio. Durante largos minutos estaremos sin contacto los unos y los otros. Luego, cuando recobremos el conocimiento, empezaré a darles instrucciones. No habrá mucho trabajo en nuestro «satélite artificial», se lo aseguro; pero, sobre todo, debemos respetar todos la disciplina en un plan de absoluta igualdad. ¿Entendido?

Todos hicieron un signo afirmativo con la cabeza.

—Dentro de quince minutos aproximadamente, el señor Varton vendrá a buscarles, ¡Encantado de haberles conocido, señores!

El profesor y su ayudante salieron del barracón.

Durante unos segundos los cuatro presidiarles guardaron un respetuoso silencio. Luego empezaron los comentarios.

—¿Qué os parece? — inquirió Robert, el gigante, cuyas manos estaban aún vendadas como resultado del combate con el árabe.

—¡Un tipo estupendo! ¡Debe saber un montón de cosas!

El «Desdentado» que, bajo muchos puntos de vista, era el peor y más interesado de todos, así como el más inteligente, dijo:

—¿No creéis que podemos sacar un buen pellizco de todo esto?

—¿Qué quieres decir?

—Que si nos portamos bien, cuando regresemos del viaje podemos pedir al viejo unos cuantos billetes... ¿No es así?

—Creo que tienes mucha razón — opinó el gigante— Pero yo quería haceros una pregunta: ¿Dónde vamos a ir exactamente?

El «Desdentado», Pierre, sonrió con aire de superioridad :

—¡Qué bestia eres, Robert! Vamos a investigar las nubes... ¿no oíste al más joven hablar de la estratosfera?

—¿Qué demonios es eso?

—Lo que hay por encima de las nubes. Antes de entrar en la «trena» leí en un periódico que otro sabio, tan loco como éste, un tal Piccard,

había subido más que nadie hacia arriba.

Henri Léchoir, que había matado a tres gendarmes por cuestiones políticas, lanzó una mirada cargada de odio a Pierre:

—Cállate, imbécil! ¡Han sido les rusos los que han logrado subir más arriba que nadie!

Robert, con sus puños vendados, se acercó amenazadoramente hacia Henri:

—¡Escucha, bicho asqueroso! ¡Estamos hasta la coronilla de todos los discursos políticos que nos han hecho escuchar en la «trena»! Durante cerca de diez años, nos has hecho consumir más aspirinas que nadie. ¡Basta ya! ¡Tú y tus camaradas rusos nos tienen hartos! ¿Entendido? La primera vez que nombres a esos cochinos soviets te rompo la cabeza a puñetazos. ¿De acuerdo?

Léchoir no contestó, gruñendo algo completamente ininteligible.

—Bueno, compañeros —siguió diciendo Robert —, la cuestión es demostrar a esos dos sabios que somos hombres, en el más amplio sentido de la palabra. Nos portaremos bien y nos ganaremos la confianza de esos dos tipos. Cuando veamos que todo se ha terminado, pediremos un buen montón de «sacs» ([3]) para cada uno y…

Fue en aquel momento cuando René apareció en el umbral de la puerta.

—¿Preparados?

—Sí, señor.

—Vamos entonces.

Atravesaron el espacio abierto que les separaba del inmenso y colosal hangar, por cuya parte superior asomaba la brillante punta del cohete.

Los ex presidiarios lanzaron una exclamación de entusiasmo.

—¡Fijaos, muchachos! ¡Qué imponente!

—¡Qué aparato!

—¿Vamos a subir ahí?

Atravesaron la pequeña puerta que se abría sobre el hangar, penetrando directamente junto al descomunal aparato que se erguía apuntando al cielo.

En su parte inferior, una esfera, de cerca de quince metros de diámetro, estaba íntimamente unida a la base del cohete.

El profesor estrechaba la mano a unos señores elegantemente vestidos, junto a una escalerilla metálica que llegaba a una puerta minúscula y circular.

Al llegar los ex presidiarios, los caballeros se separaron para dejarlos pasar, como si llevasen con ellos la peste. Solamente uno, el ministro Mercier, se acercó a ellos:

—Os deseo un buen viaje, muchachos. Ya sabéis que cuando regreséis gozaréis de libertad absoluta, de todos los derechos ciudadanos que perdisteis, ya que vuestros expedientes penales han sido destruidos ¿Contentos?

—¡Mucho señor ministro! Muchas gracias.

Precedidos por el joven sabio, los hombres de Fresnos desaparecieron por la escotilla de la esfera.

Una especie de pasillo metálico les condujo al interior, cómodamente dispuesto, donde, además de multitud de aparatos, podían verse seis lechos adosados a las cóncavas paredes de la cámara.

—¡Qué palacio, chicos!—exclamó Pierre, mostrando sus encías desnudas.

—¡Me gusta! —corroboró Robert—. Aquí da gusto vivir. ¿No os parece?

René interrumpió las vehementes expresiones de los otros.

—Lo mejor que pueden hacer es tenderse en estos lechos, que ya están numerados; el 1 es para Robert, el 2 para Claude, el 3 para Pierre y el 4 para Henri.

—¿Debemos acostarnos? —inquirió el desdentado.

—Si. Todos deberemos hacerlo cuando el aparato se ponga en marcha, dentro de unos instantes. Por el momento, les aconsejo que vayan acostumbrándose a sus respectivos lechos. En seguida vuelvo.

Nada más desaparecido René por el estrecho pasillo, Robert lanzó el grito de ataque.

— ¡Ya lo habéis oído, muchachos! ¡A dormir tocan!

Entretanto, desde lo alto de la escalerilla, Rene lanzó una angustiosa mirada hacia la entrada del recinto. Desde allí, por encima de la barrera metálica que rodeaba el hangar, era visible el camino que conducía desde la entrada a la base del aparato.

¡Nada!

Siempre nada; invariablemente nada, desde hacía unas horas en las que la angustia, la desesperación y el desconsuelo parecían hermanarse extrañamente.

Descendió la escalerilla llegando a su base en el momento que el profesor despedía a los dignatarios oficiales y científicos que habían ido a decirle adiós y a desearle suerte.

Se acercó al profesor.

—¿Hay noticias, señor?

—Nada.

Guardaron silencio durante unos instantes.

—No hubiese esperado esto nunca de Yolande.

—Yo tampoco.

Una moto corría, en aquellos momentos, desde la entrada hasta "el hangar. Los corazones de los dos hombres empezaron a latir con cierta violencia,; pero cuando se percataron de que el conductor del vehículo iba completamente solo y que su «side-car» estaba vacío, la misma amargura se apoderó de ambos.

La moto se detuvo muy cerca de ellos.

—Una carta para usted, profesor.

—Gracias.

Había pasado el motorista la cerca exterior y aún tenía Sebeil el sobre entre sus dedos.

—¿Qué hora es, René?

—Faltan nueve minutos para partir, profesor.

—Perfectamente. Vamos arriba.

El joven se detuvo extrañado.

—¿Y la carta, profesor?

—¡Ah, lo había olvidado!

Fue al ver la escritura del sobre cuando lanzó un grito de gozo.

—¡Es de Yolande!

Lo desgarró con dedos nerviosos. En el interior había dos pequeños trozos de papel.

—Éste es para usted, René.

El joven se apoderó de la nota de un verdadero zarpazo.

> «Amor mío:
>
> Quiero, antes de que emprendas ese largo viaje, que sepas todo lo que te quiero y que, pase lo que pase, no dejaré de pensar en ti un solo instante.
>
> *Yolande*.»

Con los ojos extrañamente humedecidos, Jean leía el otro mensaje.

> «Papá:
>
> He preferido no ir a despedirte, papaíto mío. No hubiese podido soportan los últimos instantes. Estoy segura de que saldrás vencedor de tu maravillosa empresa, ya que, espiritualmente, no me separaré de tu lado y estaré pensando todo el día en ti.
>
> Un abrazo de tu

Yolande.»

La sonrisa había reaparecido en los labios de los dos hombres y sus pupilas brillaban con fuerza.

—¿Vamos?

—¡Vamos, profesor!

Ascendieron por la escalerilla y se detuvieron en su centro, mientras los reflectores, iluminándose a un gesto del profesor, les enfocaban intensamente.

Cámaras de cine, de televisión y fotográficas empezaron a recoger las últimas y emocionantes imágenes de los expedicionarios que, en caso de una catástrofe, quedarían como recuerdo emocionado del más audaz viaje que imaginó el Hombre...

Saludando, los dos hombres terminaron por desaparecer por la escotilla de la esfera. Las cámaras prosiguieron su trabajó, esperando el despegue del cohete, que no tardaría mucho en producirse.

En afecto, una vez atravesado el largo pasillo —casi dos metros y medio— que separaba la cámara propiamente dicha de la superficie externa de la esfera, el profesor, con una sonrisa jovial en los labios:

—¡Preparados, muchachos; el momento de la verdad ha llegado!

Los cuatro ex presidiarios, obedeciendo las instrucciones de René, se habían echado en sus respectivos lechos y fumaban, charlando animadamente.

—Dejen de fumar —ordenó René—. Nuestra reserva de oxígeno está, por el momento, limitada y hemos de ahorrarlo para nuestros pulmones. Ya fijaremos después el número de cigarrillos que podremos fumar por día.

El profesor se había acercado a Claude y le estaba enseñando a atarse sólidamente al lecho, por medio de un grupo de muchas correas gutaperchadas por su cara inferior.

—Es solamente una precaución —decía Sebeil —.

En realidad, nos moveremos mucho, pero es mucho mejor permanecer forzosamente inmóviles hasta que hayamos llegado a la

órbita del satélite.

Sonriendo, el bandido cerró las correas fuertemente.

Sus amigos le imitaron, excepto Henri Léchoir, que sentándose en su lecho, empezó a protestar de una manera vehemente;

—¡A mi no hay nadie que me ate! ¡Quiero permanecer en completa libertad! ¿Qué clase de jefe es usted?

El profesor intentaba vanamente convencerle.

—También nos ataremos nosotros dos, señor Léchoir. Le aseguro que es conveniente.

—¡Le digo que no!

Robert Leblond, el gigante, que ya se había colocado una correa por encima de las piernas, se la quitó rápidamente.

—¡No se moleste más, señor profesor! ¡Eso lo arreglo yo ahora mismo!

Antes de que nadie pudiese impedírselo, se precipitó sobre Henri, tumbándolo de un soberbio derechazo.

El protestón cayó sobre su lecho sin sentido.

—¿Ven ustedes qué fáciles son las cosas con Henri? El pobre es un poco cabezota; pero, en el fondo, no tiene mal corazón.

Presionó las correas al máximo, haciendo fuerza con la rodilla. Indudablemente Henri sería el único del equipo que necesitaría ser ayudado para desatarse.

Todo se normalizó y acabó en pocos minutos.

Sebeil consultó el reloj.

—Voy a dar la señal —dijo.

Se habla tendido en su cama, al lado de René.

Ambos tenían, sobre sus rostros, a semejanza de los espejos para les pulmones de acero, o los atriles de lectura para les enfermos, sendas pantallas de televisión que podían manejarse sin necesidad de incorporarse lo más mínimo.

También, a ambos lados de sus lechos, el profesor y René tenían los mandos iniciales del cohete.

Jean oprimió un botón.

Lejos de allí, en la cámara blindada de lanzamiento, la señal fue recibida por los encargados de desencadenar el incendio de la sustancia que lanzaría al cohete hacia el espacio.

Otro botón impulsado…

Una especie de sordo rugido se produjo bajo la esfera. Lentamente, el sonido, en un impresionante «in crescendo», fue aumentando de tono y de intensidad hasta que la esfera, como el cohete, vibraron, siendo recorridos, de abajo arriba por sacudidas y estremecimientos convulsivos crecientes.

Tanto el profesor como su ayudante, que habían encendido sus pantallas televisoras, contemplaban el cercado metálico, el campo, la luz de los reflectores y hasta la primera fila de los vehículos de los periodistas allá lejos, en el confín del campo de visión de la pantalla.

Repentinamente…

El rugido alcanzó proporciones terroríficas. La vibración de las paredes de la esfera se hizo ensordecedora y bruscamente la materia emitió una especie de aullido lastimero, como si las moléculas de que estaba compuesta amenazaran separarse, así como los átomos, convirtiendo el todo en una nube de vapor por efecto de la desintegración.

En las pantallas de televisión, el despegue no fue más que una vertiginosa sucesión de imágenes confusas en las que no pudo distinguirse nada más que una nube que ocultaba la parte posterior del cohete.

Casi al mismo tiempo, René empezó a experimentar una extraña lasitud, una fatiga que le iba invadiendo progresivamente y que, a los pocos instantes, borró de su mente el concepto de lo «actual», de lo «inmediato», dejándole solamente la plenitud del mundo de los recuerdos.

La imagen de Yolande le apareció con una extraordinaria nitidez, haciéndole experimentar una sensación de delicia indefinible…

Luego, progresivamente, el sopor le fue ganando y a pesar de todos

los esfuerzos que hacía para defenderse contra aquella inevitable caída que se producía como si un gigantesco imán le atrajese hacia Dios sabe qué inmensos abismos, su mente se vació, poco a poco, de todo lo que habla logrado conservar hasta entonces al alcance de su voluntad.

Casi en seguida se hundió definitivamente en la nada de la inconsciencia.

CAPÍTULO IV



LAUDE Vallon, el obeso director de Fresnes, se iba acercando a él; detrás, confundido en una extraña nebulosidad, su ayudante, el esquelético Richard Corbeil avanzaba penosamente...

—«¡Robert!»

La voz de Claude resonaba como si un eco tremendo la reprodujese, la ampliase, dilatándola, haciéndola enorme, como suele ocurrir en algunos discos modernos en los que la voz del artista resuena como

bajo una descomunal campana de resonancia.

—«¡Robert!»

El gigante se aferró a los hierros de la celda intentando descubrir al director que repentinamente parecía tan perdido como su ayudante en la nebulosidad que flotaba sobre el suelo.

Finalmente, el rostro de Claude se destacó violentamente junto a la verja. Semejaba un grotesco globo de un carnaval brasileño, sobre el que alguien hubiese dibujado toscamente los exagerados rasgos de Vallon.

—¿Por qué me ha hecho volver aquí, señor director? ¿Dónde están los otros?

—¿Qué otros?

—¿Es que no se acuerda? ¡Claude, Pierre y Henri! ¿Dónde están mis amigos?

—¡Volaron! Están lejos de la Tierra, entre los planetas.

—¿Por qué me ha traído aquí, señor director?

—Porque me llamaste cerdo. ¿Es que ya no te acuerdas?

—¡Perdóneme, señor director! ¡Perdóneme!

—¡ No! Morirás dentro de unas horas. ¿Qué quieres cenar, Robert? Estoy dispuesto a traerte champaña y todo.

—¡No! ¡Déjeme ir con los otros!

Con la frente empapada en un helado sudor, Robert intentó huir, percatándose entonces de que estaba sólidamente atado.

—¡No! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Tienen que guillotinarme! ¡Me han sentado en la silla eléctrica y eso no es legal! ¡Quiero la guillotina! ¡Me han dicho que la muerte en la silla eléctrica es horrible y que la dolorosa agonía dura muchos minutos!

Se despertó.

Momentáneamente, ya con los ojos abiertos, el ex presidiario no llegó a explicarse nada de lo que le rodeaba. Una luz verde, mortecina, flotaba a su alrededor. Sobre su cabeza, raros aparatos se

amontonaban, los unos sobre los otros, cruzados por delgadas escalas metálicas.

La sensación de hallarse atado le angustió de nuevo.

Luego, moviendo una de las manos, deshebilló las correas al tiempo que recordaba todo lo acontecido y respiraba más libremente, no sólo por liberarse de la presión material de las correas, sino por saberse que se hallaba muy lejos, más lejos que nunca habla estado, de Fresnos y su horrible director.

—¡Qué tonto he sido! —exclamó sonriendo— ¡He estado soñando!

Sin embargo, como todos los hombres que han estado condenados a muerte y que han visto a muchos dirigirse hacia el patíbulo, se estremeció aún al recordar las correas que le sujetaban a la inexistente silla eléctrica.

Se puso en pie.

Todos los demás seguían inconscientes sobre sus respectivos lechos. Antes que nada, el gigante se acercó al profesor y se asustó al comprobar la palidez cerúlea de su rostro.

Le tomó el pulso toscamente.

—¡Está vivo! —exclamó alegremente.

René se movía ya, lo que demostraba que muy pronto recobraría el conocimiento. Por otra parte, sus tres compañeros también parecían dispuestos a despertarse de un momento a otro.

Movido per la curiosidad, Robert miró por todas partes, sorprendiéndose de la enorme cantidad de aparatos que aparecían incrustados en los metálicos muros de la esfera.

Inútilmente buscó alguna ventana u orificio qua le permitiese ver lo que pasaba en el exterior.

Fue entonces cuando sonó la voz del ayudante del profesor:

—¿Busca algo, Robert?

El gigante se sobresaltó, volviéndose asustado. Sonrió al ver a René:

—No, no busco nada, señor… Me desperté el primero y he estado comprobando si no les habla pasado nada a ustedes.

—Gracias.

Se acercó, seguido del ex presidiario, al lecho del profesor. También le tomó el pulso:

—Tardará bastante en recuperarse. Naturalmente, así debía ocurrir.

—¿Por qué?

—Es el más viejo de todos y el más débil.

El gigante le miraba con creciente curiosidad.

—¿Por qué nos hemos desmayado?

René sonrió antes de contestar.

—Ha sido debido a nuestra sangre, Robert. La aceleración del aparato ha sido tan formidable que a pesar de nuestra cómoda posición, en el lecho, nuestra sangre ha abandonado la parte superior de nuestro cuerpo, atraída por la fuerza de gravitación terrestre.

—No entiendo ni una palabra, pero es curioso. ¿Dónde estamos ahora? ¿En la Luna?

—No, ni mucho menos. Estaremos, si todo ha ido bien, a unos mil kilómetros de la superficie de la Tierra.

—¿Solamente a mil kilómetros? Pero si eso no es nada.

—¿Solamente a mil kilómetros? Eso no es nada.

René no pudo evitar una sonrisa ante la ignorancia del gigante. Si aquel hombre hubiese sabido lo que significaba un millar de kilómetros sobre la superficie del planeta, quizá hubiese sido peor para todos.

Se fueron despabilando los otros.

Por su parte, René esperaba impaciente a que el profesor se despertase para proceder a los primeros cálculos que les orientasen sobre el punto alcanzado, así corno del movimiento del «satélite», su velocidad y otros importantes datos.

Diez minutos más tarde, Sebeil se hallaba completamente recuperado.

—¿Todo ha ido bien? —inquirió a su ayudante.

—Así parece, profesor. De todas formas, debemos empezar a consultar los aparatos. ¿No le parece?

—Perfectamente.

Subieron por la escalerilla metálica que conducía a una terraza superior, donde estaban situados los aparatos y el profesor y René empezaron a consultar los grandes cuadros repletos de cifras.

Pero, nada más empezar, Sebeil lanzó una exclamación de asombro:

—¡Todos están a cero!

—¿Qué podrá haberlos bloqueado?

—No sé. Sigamos la inspección.

En efecto, solamente los aparatos que registraban los acontecimientos físicos interiores marchaban a la perfección; el resto, los que estaban en directa comunicación con el exterior, mantenían sus agujas completamente inmóviles.

Rene, al lado del profesor, iba anotando y calculando las cifras marcadas en los aparatos «interiores».

—¡Fíjese en esto, René!

El joven se acercó al sabio.

Éste observaba atentamente el cuadrante que regulaba el gasto del oxígeno.

—¡No es posible!—exclamó.

Sebeil no tomó en consideración la exclamación de su ayudante y preguntó en seguida:

—¿Cuál era el gasto previsto para todos hasta este momento?

—Doscientos trece litros.

—Hemos gastado trescientos cuarenta.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco. Debemos examinar el sistema de oxigenación; sin duda alguna debe haberse producido algún escape.

Después de revisar el resto de los aparatos, los dos hombres hubieron de convenir que desconocían por completo el lugar en el que se encontraban y todos los demás datos que les hubiesen permitido iniciar inmediatamente las investigaciones que les interesaban.

—Vamos a intentar entrar en comunicación con la Tierra. No puedo explicarme cómo podemos estar tan tremendamente aislados.

Profundamente preocupados, descendieron de nuevo a la cabina inferior. Sus rostros sombríos hicieron sospechar algo a los otros.

—¿Alguna cosa grave, profesor? — inquirió el gigante.

—Nada importante por el momento. Vamos a comunicarnos con París.

—¿Es posible que podamos hacerlo?

— ¡Claro!—intervino el «desdentado»—. ¿Para qué sirve entonces la radio?

—Se equivoca usted, Pierre — repuso el profesor —. La radio no nos sirve para nada a estas alturas. Habiendo atravesado la capa de la ionosfera en la que se reflejan las ondas hertzianas, nos vemos obligados a utilizar el radar, en una nueva versión, ya que las ondas del radar son las únicas que pueden atravesar la atmósfera sin ser reflejadas ni detenidas.

El aparato de trasmisión «radiar» ocupaba un gran espacio en la cabina y René, siguiendo las instrucciones del profesor, se puso al trabajo inmediatamente, empezando a enviar un mensaje de información a la Tierra.

Hubieron de esperar cerca de once minutos hasta recibir las primeras señales terrestres:

«AQUÍ, PARÍS. HEMOS RECIBIDO EL MENSAJE Y VAMOS A PRECISARLES EL LUGAR QUE OCUPAN EN EL ESPACIO… ¡ATENCIÓN!…»

El altavoz reproducía la voz del desconocido que les hablaba desde mil kilómetros más abajo.

Con la boca abierta por el asombro, los ex presidiarios, no creían a sus oídos.

—Escucha —dijo Robert en voz baja a Henri que era el que se hallaba a su lado —, ¿Te gustaría estar allá abajo, en París?

—¡Ni lo digas! Daría cualquier cosa por estar en un toar ante una buena «chopine de rouge»… ([4])

— ¡No lo nombres siquiera! Se me hace la boca agua…

La vibración del altavoz les hizo guardar un respetuoso silencio:

«¡ATENCIÓN SATÉLITE ARTIFICIAL DEL PROFESOR SEBEIL! ACABAMOS DE CONTROLAR LOS DATOS RECIBIDOS DESDE VARIOS OBSERVATORIOS ASTRONÓMICOS NACIONALES Y EXTRANJEROS…

«¡ATENCIÓN! HE AQUÍ LOS DATOS:

Cifras incomprensibles para Robert y sus amigos se sucedieron a una velocidad sorprendente. La mirada de los bandidos no se separaba de René que anotaba los datos que el altavoz iba vertiendo.

«SEGÚN LOS DATOS QUE ACABAMOS DE PROPORCIONARLES, HAN PASADO USTEDES DE LA ZONA DE ROTACIÓN PREVISTA Y SE ENCUENTRAN INMOVILIZADOS, EN UNA ZONA NEUTRA DE GRAVITACIÓN, ENTRE LAS ZONAS DE ATRACCIÓN DE LA TIERRA Y LA LUNA

Hubo un silencio, profundo.

Inmediatamente después, el profesor habló a su lejano comunicante.

—Aquí, Sebeil. Agradezco sus informaciones. Nos extrañaba, en efecto, la inmovilidad de nuestro aparato. Intentaremos, utilizando los pequeños cohetes de reserva, descender hasta la zona de rotación prevista. Quisiera ahora hacer una pregunta a los servicios técnicos que han montado el «satélite». ¿Pueden ponerme con el ingeniero Delabarre?

Unos segundos después:

«AQUÍ, DELABARRE; LE SALUDO, PROFESOR SEBEIL. ¿OCURRE ALGO ANORMAL?

—Escuche con atención, amigo Delabarre. Desde que nos hemos

recuperado de los efectos de la aceleración, hemos comprobado que los aparatos abocados al exterior del satélite no funcionan, por lo que parecemos de datos sobre lo que nos rodea. Además, los mecánicos de visión externa no funcionan tampoco.

Tardó bastante en llegar la ansiada respuesta:

«AQUÍ, DELABARRE. ESCUCHE, PROFESOR: HE REPASADO RÁPIDAMENTE LOS MOTIVOS QUE PUEDEN HABER PROVOCADO ESA SINGULAR PARADA DE LOS APARATOS Y LLEGO A LA CONCLUSIÓN DE QUE SOLAMENTE LA CONVERSIÓN DE LA CAPA DE AGUA QUE RODEA LA CABINA AL ESTADO SÓLIDO HA PODIDO PARALIZAR EL SISTEMA DE COMUNICACIÓN CON LOS APARATOS. COMO, POR OTRA PARTE, NO PODRÁN USTEDES PONER EN MARCHA LOS COHETES EXTERIORES DESDE EL INTERIOR, LES SUGIERO QUE SACRIFIQUEN UNA CIERTA CANTIDAD DE OXÍGENO PARA ELEVAR LA TEMPERATURA DEL AGUA, HACIENDO ASÍ QUE LOS APARATOS VUELVAN A FUNCIONAR. UNA VEZ EN LA ZONA DE ROTACIÓN PREVISTA, PODRÁN UTILIZAR EL OZONO DE LA IONOSFERA PARA PROVEERSE DEL OXÍGENO NECESARIO.

—Perfectamente y muchas gracias, amigo Delabarre.

Cortaron la comunicación, poniéndose inmediatamente al trabajo. Por la primera vez, René distribuyó la labor entre los hombres del equipo que empezaron a colaborar con gran entusiasmo. Tan sólo Henri sentía un odio hacia aquellos «sabios burgueses» que iban a obtener un triunfo superior al que había logrado la URSS con el lanzamiento de su «satélite artificial» sin ocupantes.

El chorro de oxígeno, lanzado en el depósito de agua en el que flotaba la cabina habitada hizo que el hielo se fundiese al cabo de dos largas e interminables horas.

Angustiado, René no dejaba de observar que la reserva de oxígeno, sin el que no podían respirar se agotaba rápidamente.

Finalmente, cuando los aparatos conectados con el exterior funcionaron, proporcionando los datos necesarios, los dos hombres de ciencia comprendieron inmediatamente la causa que había provocado la solidificación del depósito de agua, a pesar del calor engendrado por la velocidad que les había proporcionado el cohete desde la Tierra.

¡LA TEMPERATURA, EN EL EXTERIOR DEL SATÉLITE ARTIFICIAL ERA DE MENOS DOSCIENTOS SETENTA Y TRES

¡¡-273°!!

¡EL CERO ABSOLUTO!

Urgía escapar, cuanto antes, de aquella zona mortal que podría solidificar todo, hasta un punto imposible de concebir: máquinas y hombres podían convertirse, de un momento a otro, EN TROZOS DE PIEDRA, frágiles como el cristal.

En efecto; si la temperatura externa se abría paso hacia la cabina, los sabios y sus curiosos compañeros se solidificarían y al perder el equilibrio, al mismo tiempo que perderían la vida; al caer al suelo de la cabina, se partirían en mil pedazos como sí hubiesen sido de cristal.

René, pálido como la muerte, se lanzó velozmente a los mandos que iban a poner en marcha los cohetes exteriores. Tenía prisa por salir de aquel espantoso vacío.

Sebeil se acercó a él.

—¿Ha calculado la fuerza que necesitamos, René?

—Lo estoy haciendo, profesor. Ya sabe usted que teníamos el cálculo hecho para el «satélite» completamente vacío. No me resta más que obtener el peso de todos los que estamos aquí.

— ¡Señores! —gritó el sabio— ¡Hay que pesarse!

Todos se pesaron, uno tras otro, en la báscula-pie que había en un rincón.

—¿Qué peso obtiene usted en total, René?

—434 kilos, profesor.

—Imponga esa fuerza únicamente. Los cohetes auxiliares son tan importantes como el oxigeno. Sin ellos estaríamos perdidos. Hay que economizarlos cuanto podamos,

—Comprendido, señor.

Accionando los mandos, el joven exigió el impulso necesario para mover el peso total del aparato, al que había agregado el de los tripulantes.

Oprimió el botón de puesta en marcha.

Un rumor creciente hizo vibrar el aparato. Durante unos segundos, que parecieron siglos, René y el profesor estuvieron pendientes del cuadrante iluminado en el que la aguja, que debía marcar la iniciación del movimiento, permanecía completamente inmóvil.

El rostro del profesor palideció intensamente. Con los labios apretados, sus ojos parecían sufrir el efecto hipnótico de la esfera luminosa.

Rene, tremendamente nervioso, se acercó a él, exclamando:

—¡Hay que liberar más energía!

Aquello significaba un nuevo gasto de las pocas reservas que contenían los cohetes auxiliares y tal cosa podía condenar, definitivamente, al satélite, cuando éste tuviese que regresar a la Tierra, ya que sin una ayuda energética, flotaría alrededor del planeta durante años, o siglos, hasta desintegrarse por completo.

Sebeil lanzó un suspiro:

— ¡Libera más energía!

René se precipitó materialmente sobre los mandos.

Instantes más tarde, la aguja entraba en movimiento y el satélite se ponía en marcha, abandonando aquella horrible zona neutra y acercándose un poco más a la Tierra y, por ende, a su zona de atracción.

—¿Cuánto ha tenido que aumentar? —preguntó a su ayudante.

—Un equivalente a sesenta y tres kilos.

Quedaron ambos en silencio, corno si de un golpe lo hubiesen comprendido todo.

Fue René el primero en decir lo que ambas pensaban:

—¡HAY UN POLIZÓN A BORDO!

CAPÍTULO V



ENÉ palideció intensamente. ¿Cómo hacer comprender a los demás la intensa emoción que le embargaba?

Su mirada buscó los ojos del profesor, no viendo en ellos el particular reflejo que esperaba encontrar. La mirada de Sebeil no expresaba más que la cólera que había desencadenado en su conciencia las palabras que acababa de pronunciar su joven ayudante.

—¿Un polizón? — tronó—. Si es así, puede considerarse como muerto. ¡No tenemos ni alimentos ni reserva de oxígeno para él. Una persona más comprometería seriamente nuestras posibilidades de existencia.

Miró a Robert, el gigante, con el que parecía empezar a contar para una decisión brutal, inminentemente cercana.

El ex presidiarlo sonrió halagado:

—Comprendo, profesor; no se preocupe. Ese polizón no durará ni una hora.

Y volviéndose a sus compañeros;

—¡A buscarle, muchachos!

—¡UN MOMENTO!

La voz de René sonó autoritariamente en el momento que nadie la esperaba. Todos se volvieron, extrañados, hacia él.

—SERE YO QUIEN BUSQUE AL POLIZON.

Pareció como si Sebeil fuese a decir algo, pero sus labios se movieron sin emitir sonido alguno.

El joven empezó a realizar un registro detallado y minucioso, repasando cuidadosamente todos los rincones en los que pudiera ocultarse una persona.

Finalmente, después de registrar la cabina y la parte posterior de los de pósitos de oxígeno, René subió rápidamente por la escalerilla que conducía al departamento superior.

Una vez allí y después de una primera ojeada, sonrió al dirigirse al único lugar donde podía ocultarse un ser humano:

— ¡Sal de ahí! Es inútil que te escondas.

Primero surgió la cabeza, el rostro y una boca que sonreía como la de un niño que acaba de cometer una graciosa travesura

René ayudó a salir a Yolande...

Intentó ponerse serio:

—¿Por qué has cometido esta locura?

Pero la maravillosa sonrisa de la joven empezó a desarmarle; el beso que le dio después acabó por hacerle estallar en una sonora carcajada.

—¿Qué ocurre ahí arriba? —inquirió el profesor desde la plataforma inferior.

—Vamos — susurró René.

Descendieron por la escalerilla y cuando Sebeil divisó a su hija.

—¡Yolande! ¿Qué haces tú aquí?

Ella le besó cariñosamente.

El profesor se volvió a su ayudante:

—¿Sabía usted algo, René?

—Nada, señor. Pero, en cuanto llegamos a la conclusión de que llevábamos un polizón, presentí que podía ser más que su hija…

Sebeil se volvió a los otros.

—Les presento a mi hija Yolande.

Las reacciones de los ex presidiarios fueron muy distintas: Robert, el gigante, se inclinó graciosa y torpemente:

—¡Encantado, señorita!

El desdentado Pierre sonrió dichoso:

—¡Ha venido usted a alegrar un grupo de aburridos!

Henri gruñó algo que nadie llegó a entender. En el fondo, le molestaba la llegada de aquella mujer que haría que las raciones disminuyesen para todos.

En cuanto a Claude Blosson, el «guapo» del grupo, un pelirrojo de mirada peligrosa, sonrió solamente inclinándose como lo había hecho Robert.

René se dio cuenta de que aquel bandido era, en realidad, el único que había que vigilar estrechamente.

Una vez cambiados unos propósitos banales con su hija, el profesor, de la misma forma que René, concentraron su atención en la marcha del «satélite».

Yolande, que había permanecido incómodamente en su escondrijo, se tendió en el lecho de su padre para descansar.

El aparato seguía moviéndose en el espacio, a una velocidad creciente, ya que debía llegar a la zona de rotación impulsado por una fuerza grande de modo a escapar a la fuerza de atracción de la Tierra.

René consultó los aparatos.

—Dentro de diez minutos —anunció—, habremos llegado a la zona de rotación.

Entre tanto, Claude y el «desdentado», en el otro extremo de la cabina, hablaban animadamente.

—¿Te has fijado qué cosa más bonita?

—No me importa» las mujeres, Claude. Me interesa mucho más el dinero. Además, cuantos menos jaleos haya aquí…

—¿Jaleos? ¡No seas iluso! ¿Pero es que te has hecho la ilusión de que regresaremos vivos a la Tierra?

—¿Qué quieres decir?

—Que estás completamente loco. Si esto no hubiese sido más que un paseo, ¿crees que hubieran ido a buscarnos a nosotros, un grupo de hombres a los que esperaba la guillotina?

—Pero…, ¿Y ellos?

—Ellos son dos locos, dos de esos hombres de los que hemos visto, muchas veces, las fotos en los periódicos…, cuando buscábamos las nuestras. Son dos sabios a los que la vida les importa poco, con tal de ser célebres y de que les hagan una estatua en París o les den el nombre a una calle de la ciudad.

—¿Y ella?

—¿Ella? ¿Es que no te has dado cuenta de la cara que ha puesto el viejo? Ella morirá como nosotros, hoy, mañana o cualquier día de éstos…

—¿Crees que si eso fuese verdad hubiese consentido su padre?

—¿Consentido el qué? Ella ha venido como un polizón y nadie puede hacer nada…

—¿Qué te propones, Claude?

—Incorporarla a la tripulación.

Aquella idea no dejó de hacer gracia a Pierre, cuyos labios se entreabrieron lentamente, dejando ver la negrura de su desdentada boca.

—No está mal… —murmuró.

—¿Cuento contigo? — inquirió el otro prestamente.

—Un momento; no creo que debamos precipitarnos así como así. Además, me parece que has olvidado algo muy importante...

—¿Qué?

—Robert.

Hubo un corto silencio.

—¿Crees que se interesa por la pequeña?

—¿Él? No, pero se interesa por el dinero. ¿No te das cuenta de lo servicial que se ha vuelto? El muy idiota quiere convertirse en el hombre de confianza del profesor. Así, luego, será quien reciba la totalidad del premio que repartirá a su antojo.

—¿Y si no volvemos jamás?

De nuevo llegó aquella frase horrible al espíritu de Pierre; su boca desdentada le hacía parecer tremendamente viejo. Se estremeció, viendo las cosas de muy distinta forma si, como afirmaba Claude, jamás podían regresar a la Tierra.

—¡Tienes razón, amigo! No vale la pena esperar demasiado. Si hace falta, Robert morirá.

Se separaron, disimulando en lo posible, ya que Henri hacia un momento que les miraba con atención. Por su parte, Robert, cerca del profesor y de su ayudante, parecía íntimamente interesado por los manejos de los dos hombres de ciencia.

—¡Cuidado!—gritó René en aquel momento — ¡Estamos llegando a la zona de atracción! Ya esta...

No pudo terminar.

Bruscamente, el «satélite», impelido por una misteriosa fuerza, empezó a girar sobre sí mismo, a gran velocidad, lanzando a sus ocupantes contra las paredes.

Aquel fantástico remolino se intensificó más y más.

Confundidos los unos con los otros, lanzando gritos de espanto o juramentos y protestas, los viajeros de la esfera habían logrado afianzarse, tarde o temprano, a los objetos fijos de la cámara, haciendo poderosos esfuerzos para no verse arrastrados por aquel infernal girar...

Yolande, bruscamente despertada, había caído del lecho de su padre y golpeándose con el borde del de su prometido, que estaba al lado, perdió el conocimiento.

Por su parte, ni el profesor ni su ayudante podían hacer nada para acercarse al exánime cuerpo de la muchacha. Los ex presidiarios, como ellos, se mantenían agarrados a cualquier cosa, defendiéndose como podían de aquella misteriosa fuerza que intentaba incorporarse al movimiento giratorio del «satélite»

—¡Cierren los ojos!—exclamó René.

Henri, el rebelde, se había desmayado ya después de vomitar cuanto tenía en el cuerpo. Los otros, obedeciendo la orden del joven, se sintieron un poco mejor en aquel vorágine diabólico.

El profesor, que estaba junto a René, dejó escapar un quejido.

—¿Qué le ocurre, señor?

—No puedo más, René. Me siento morir.

—Aguante un poco, profesor. Vamos a ver si podemos llegar hasta los lechos...

Haciendo un tremendo esfuerzo de voluntad, Varton abrió los ojos, teniéndolos que cerrar inmediatamente al tiempo que los oídos le silbaban de una manera horrible.

Sin embargo, después de haberse orientado, tras aquella rapidísima ojeada, fue desplazándose, con los ojos siempre cerrados, hasta apoderarse de un brazo del profesor al que empujó suavemente.

—Agárrese a mí, señor.

El anciano obedeció y René, cubriéndole con su cuerpo, fue moviéndose, paso a paso, con las dos manos agarradas a los objetos pegados al muro y manteniendo al profesor entre sus brazos.

Milímetro a milímetro y sintiendo constantemente la potente fuerza centrifuga, que intentaba arrastrarle, Varton fue acercándose paulatinamente a su propio lecho que tocó, repentinamente, con una rodilla:

—Ya estamos, profesor.

No contestó el otro y René, haciendo un último esfuerzo, dejó que

el anciano cayese sobre el lecho al que se afianzó él mismo, arrodillándose para poder ligar al sabio con las correas.

No contento con aquel triunfo, el joven pasó por encima del lecho y sin soltarse, con una sola mano, se apoderó del cuerpo de Yolande que, merced a una voluntad de hierro, consiguió izar sobre el lecho del profesor.

Colocó las correas que pudo, manteniendo el cuerpo de la muchacha en la mejor posición posible y rendido, ya sin fuerzas, se sentó en el suelo de la cabina y con su propio cinturón se ató a una de las cañerías de conducción que subían hacia el techo.

Nadie supo cuánto duró aquella terrorífica locura ni cómo pudo acabar. Mucho más tarde, cuando ya sentían la angustia irremediable de la muerte, la esfera fue perdiendo aquel movimiento giratorio y lentamente, muy lentamente, terminó por balancearse suavemente.

* * *

Cuando pudo ponerse en pie, René lanzó una mirada angustiosa a su alrededor. La totalidad de los ocupantes de la esfera yacían, en curiosas posturas, por el suelo, excepto el profesor y su hija que seguían tendidos sobre los lechos donde él había logrado colocarlos.

Preocupado por una extraña angustia que experimentaba, el joven se acercó al aparato que controlaba y medía la cantidad de oxigeno, apercibiéndose, con terror, que las reservas que restaban no serían capaces de proporcionar el vital gas más de una hora.

Se acercó rápidamente a Robert:

—¡Eh, despierte!

El gigante murmuró alguna cosa que René no entendió, luego, desperezándose, abrió los ojos mirando con extrañeza al ayudante del profesor.

—¿Nos hemos muerto ya, señor? —inquirió muy seriamente.

René no pudo por menos de sonreír.

—No, amigo mío; estamos vivos y no sé por qué.

—Pero, ¿qué demonios ocurrió para que este aparato se convirtiese en un «tiovivo»?

—No puedo decírselo, porque no son ahora las explicaciones las que ahora nos sacarán del nuevo peligro que nos amenaza. ¡Nos estamos quedando sin aire para respirar!

—¿Vamos a morir sin remedio?

—No. Despierta a tus compañeros. Obtendremos el oxígeno necesario para respirar del ozono de la ionosfera...

—Si entiendo algo que me aspen... De todos modos, voy a despertar a estos y nos pondremos a trabajar en seguida.

Una vez todos los ex presidiarlos en pie, René les distribuyó la tarea, ocupándose él de la regulación y el manejo de los aparatos eléctricos. Para evitar el gasto de la energía acumulada en las baterías, el joven ideó un procedimiento remoto pera obtener la cantidad de electricidad que necesitaba, utilizando la fuerza de los cuatro hombres.

La primitiva máquina de electricidad se puso rápidamente en movimiento, accionada por les cuatro brazos de Robert y suyos.

—¡Más aprisa!

Un silbido creciente fue demostrando que la energía se iba acumulando en el «disparador» que René mantenía en la mano, sin perder de vista el voltímetro, cuya aguja subía rápidamente hacia las cifras más altas.

Veinte minutos más tarde, cuando los cuerpos de los bandidos chorreaban sudor y las respiraciones se hacían fatigosas, no solamente por el trabajo físico sino por la creciente escasez de oxigeno René oprimió decididamente el disparador.

Fuera, una especie de gigantesco relámpago surcó el espacio en derredor del satélite.

Los hombres, a un gesto del ayudante de Sebeil, se dejaron caer pesadamente en sus lechos. Solamente Robert se acercó al joven.

—¿Ha salido todo bien?

—Creo que sí. Voy a medir la densidad de la capa de ozono que

hemos logrado.

Una sonda sensible le dio rápidamente la respuesta.

—¡Ciento ochenta metros! ¡Estupendo!

Velozmente, sin perder un segundo y con una sonrisa de triunfo en los labios, René preparó el aparato que lograría convertir el ozono acumulado alrededor de la esfera en oxígeno para los depósitos.

Cuando puso la máquina en marcha, se precipitó hacia las llaves de admisión, no separándose, como Robert que parecía su sombra, de los cuadrantes en los que las agujas iban marcando exactamente la cantidad del gas vital que penetraba como preciosa reserva.

Los otros, tendidos en sus lechos, miraban al hombre de ciencia sin que sus rostros expresaran absolutamente nada.

Únicamente Claude miraba a Yolande que, tendida en el lecho, seguía sin conocimiento o profundamente dormida. Una mueca malévola tomaba, en sus labios, el remoto aspecto de una sonrisa.

Poco después, los depósitos se cerraron automáticamente, no pudiendo contener ni un centímetro cúbico más de gas.

René sonrió satisfecho.

—¡Podemos fumar un par de cigarrillos cada uno! —exclamó—. Tenemos aire suficiente para mucho tiempo.

Robert lanzó una exclamación de alegría, encendiendo su cigarrillo y el de René, mientras los otros hacían otro tanto.

Pareció como si, después de la horrorosa lucha, primero contra el movimiento alocado de la esfera y después contra la falta do oxigeno, se hubiesen olvidado ya como hechos acontecidos hacia muchísimo tiempo.

A pesar de la fatiga, Robert y los suyos fumaban plácidamente.

René, ya libre de preocupaciones, se ocupó del profesor y de Yolande, logrando volverlos a la vida al cabo de unes pocos minutos de trabajo.

Luego, cuando el sabio estuvo en disposición de oír, René le puso en conocimiento de todo lo que había sido hecho.

—Muchas gracias, hijo mío. No sé lo que nos hubiese ocurrido de no ser por usted.

Deseando no oír más elogios, Varton inquirió:

—¿Cómo podemos explicar ese movimiento giratorio del «satélite»?

El profesor se acarició los blancos cabellos.

—No es difícil hallar un a respuesta a esa pregunta, René. Evidentemente, al llegar a gran velocidad a la zona de atracción, sufrimos les resultados de una ley física que empuja a un movimiento de rotación, sobre su propio eje, a todos los cuerpos que penetren en la zona de atracción de un astro cualquiera. Lo que no podremos explicar jamás es por qué la esfera ha cesado de girar,

—¡Afortunadamente! —exclamó Yolande.

—En efecto, hija mía: si la esfera no hubiese cesado de rodar de aquella terrible manera, la fuerza centrífuga hubiese terminado por matarnos, provocando en nuestro cuerpo anemias que, de afectar el cerebro o el corazón, hubieran terminado con nuestra vida… Es lo que suele ocurrir a los pilotos de los aviones supersónicos cuando realizan un brusco viraje: la fuerza centrífuga hace que su sangre abandone las partes centrales de su cuerpo, llegando a salirles, además de por los ojos, la boca y la nariz, por los poros del cuerpo si la aceleración es gigantesca.

—¡Es horrible!

Por primera vez, desde que habían abandonado la Tierra, una suave claridad azulada penetraba en el interior de la esfera por los cuatro ventanales redondos que se abrían a través de la capa de agua que había entre los dos caparazones del «satélite».

Atraídos por aquel espectáculo extraordinario, los ocupantes de la esfera se precipitaron a las ventanillas, lanzando exclamaciones de entusiasmo por la maravillosa escena que se ofrecía ante ellos.

Estaba amaneciendo sobre la Tierra.

El planeta del que habían salido ocupaba una gran parte de su horizonte visual; al otro lado, una enorme luna, más grande que la que jamás habían contemplado ojos humanos, brillaba intensamente iluminada por los rayos solares.

A través de los jirones de nubes que envolvían a la Tierra, pudieron distinguir el contorno sinuoso de los Continentes y de otras tierras emergidas, así como la azul y bella superficie del océano.

—Está amaneciendo en nuestro mundo — murmuró Yolande con profunda emoción.

—Sí, querida —repuso René, que se hallaba a su lado—. Quiera Dios que este amanecer sea para nosotros algo más que un bello espectáculo y que los peligros hayan terminado hasta el momento de regresar a ese hermoso planeta que, ahora más que nunca, nos parece el mejor de todos.

—Tiene usted razón, señor —comentó Robert desde el otro ojo de buey—. Muchas veces, en prisión, hubiésemos deseado ir a cualquier parte, aunque hubiese sido lejos de la Tierra; pero ahora, cuando la vemos ahí abajo, lejos de nosotros, desearíamos poder volver, aunque fuese a Fresnes, ahora mismo.

— ¡Déjate de bromas pesadas! —lanzó Henri al oír mencionar el presidio.

Luego, vivamente interesado por una idea que acababa de pasarle por la mente, se dirigió al profesor:

—Desearía hacerle una pregunta, señor Sebeil.

—Las que quiera, muchacho.

—Cuando volvamos a la Tierra, ¿adónde aterrizaremos?

El sabio sonrió:

—En ninguna parte. Nos lanzaremos en paracaídas y dejaremos que el satélite caiga donde sea. Como ya llevaremos el material obtenido: notas, fotos y estudios con nosotros, no nos importará que la esfera se haga pedazos.

—Perfectamente, señor. Muchas gracias.

Estaba contento. Una vez en la Tierra, nadie podría echarle la mano encima. Además, su deseo ferviente era el de caer, con su paracaídas, cerca de la frontera soviética.

Claude, que sonreía misteriosamente, aproveché el que todos estuviesen distraídos para lanzar la pregunta, de sopetón, que le

quemaba los labios.

—¿Cuántos paracaídas tenemos, profesor?

—Los necesarios —repuso Sebeil—. ¿No somos seis? Pues seis hay...

Se dio cuenta, demasiado tarde, de que habla caído en la trampa. Su mirada, automáticamente, se clavó en el rostro, un poco pálido, de Yolande.

Naturalmente, no había contado con ella, ignorando que la joven se atrevería a penetrar en el «satélite» sin su permiso.

Se hizo un hondo y pesado silencio…

CAPÍTULO VI



OR qué no descansamos un poco? —propuso René, molesto por el silencio que había sucedido a la respuesta del profesor—. Creo que lo

merecemos todos.

Yolande intervino:

— ¡Es una idea estupenda! Voy a repartir la comida y yo me quedaré de vigilancia. Hasta ahora no he hecho nada aquí.

Devoraron glotonamente el contenido de las sabrosas conservas que la joven les sirvió, gustando después unos paquetes de frutas conservadas por un procedimiento especial y una taza de café que Yolande les preparó amablemente entre encantadoras sonrisas.

Durante el refrigerio, el ambiente, tenso al principio, tornó a hacerse amistoso y comunicativo y todos parecieron olvidar la grave significación de la pregunta de Claude.

Indudablemente, cuando llegase el momento, una persona tendría que sacrificarse para que Yolande pudiese regresar a la Tierra...

Acabada la comida, todos ocuparon sus lechos y la joven, tras limpiar un poco la cabina y poner en orden las cosas, se acercó a uno de los «ojos de buey», contemplando entusiasmada el grandioso espectáculo estelar quo se le ofrecía.

Tan distraída estaba que no se percató de que dos de los bandidos simulaban dormir, hablándose en voz baja:

—¿Crees que se dará cuenta? —inquirió Fierre.

—No. Está demasiado distraída. De todas formas, si se mueve, puedes decir que te habías levantado para cualquier cesa...

—Vigila bien. Voy a intentarlo.

Se incorporó lentamente el «Desdentado» avanzando quedamente hacia la escalerilla metálica que conducía a la plataforma superior en la que desapareció momentos después.

Con los ojos entornados, Claude contemplaba en silencio a Yolande que, dándole la espalda, continuaba observando las maravillas del espacio que les rodeaba.

Indudablemente, ere la mujer más hermosa que el presidiario hacia visto hacía mucho tiempo. Ahora, que empezaba a confiar en que el regreso a la Tierra era posible, el aspecto de su plan cambiaba por completo.

Hacía tiempo que había observado que tanto el profesor como su joven ayudante estaban armados y un ansia de apoderarse de las pistolas de los dos hombres se había desencadenado en su espíritu.

Sonrió satisfecho.

Pierre, cargado con un voluminoso paquete, descendía. en aquellos instantes, por la escala metálica. Claude lo guiñó el ojo. llevándose el índice de la mano derecha a los labios para reclamar silencio y precaución.

Pero en realidad, Yolande más que distraída estaba absorta en la contemplación del espacio y no se volvió ni una sola vez.

Pierre metió el paquete bajo su lecho.

—¡Ya está! —musitó lanzando un suspiro—. ¿Qué te parece?

—Ha sido estupendo. Ahora si que podemos descansar completamente tranquilos.

Momentos más tarde, la viveza del sol, que se convertía en un fuego cegador, obligó a Yolande, en contra de su deseo, a abandonar la proximidad de la ventanilla. Volviéndose, contempló a su padre y a René, que dormían tranquilamente observando que los otros estaban en igual estado.

Una rara inquietud empezó a apoderarse de ella. Sin comprender el motivo de aquella sensación que experimentaba, se paseó lentamente por la amplia cabina, procurando hacer el menor ruido posible.

Pero, a pesar de su esfuerzo de voluntad, llegó un momento en que, extrañamente, experimentó una fatiga y cansancio que le parecían completamente anormales.

Se acercó al lecho de René, Se sentó a su lado y le contempló, en silenció, convenciéndose de lo mucho que amaba a aquel hombre y deseando en el fondo de su corazón que aquella expedición terminase cuanto antes para poder hacer realidad los sueños que hablan forjado hacía tanto tiempo.

Luego, insistentemente, la misma sensación, ahora asociada a un creciente sofoco, se apoderó de ella.

«¿Qué me estará pasando?», se preguntó angustiada.

Resistió diez minutos más; luego, incapaz de defenderse contra aquella sensación de asfixia que no cesaba de aumentar, sacudió dulcemente a René.

—¡Querido! —musitó en voz baja para no despertar a los otros.

Varton se movió inquieto, inclinándose hacia el otro lado.

—¡René! —insistió la joven.

Abrió Varton los ojos y al ver cerca de él el agradable rostro de su amada sonrió:

—¡Hola, querida!

Ella pasó su mano por la frente ardiente del joven.

—Perdona, querido; pero te he despertado porque sentía algo raro.

El se sentó sobre su lecho.

—¿Ocurre algo?

Y, antes de que ella contestase, experimentó una sensación de ahogo:

—¡Que calor más horrible hace!

Se incorporó, mirando con atención en su derredor; luego, decididamente, se acercó a los termómetros.

—¡Dios mío!

Corrió hacia el otro extremo, mirando por una de las ranuras que permitían observar el agua que envolvía enteramente la cabina.

¡EL AGUA ESTABA HIRVIENDO!

La temperatura, en el interior de la cabina, llegaba ya a los 49 grados sobre cero.

René despertó al profesor, explicándole lo que ocurría.

Sebeil se pasó la mano por la amplia frente.

—Es, desdichadamente, lógico lo que ocurre. Sin la protección de la atmósfera, que disminuye la rudeza del sol; estamos expuestos a su

ardiente radiación, ya que estamos por encima de la atmósfera.

—¿Qué vamos a hacer?

El profesor permaneció unos instantes en silencio.

—¿Están intactos los depósitos de helio?

—Sí, señor.

—Está bien; utilizaremos el carbónico que expulsamos al respirar y lo asociaremos con el helio para descender la temperatura del Agua que nos rodea.

Robert se despertó en aquel instante:

—¡Uf, qué calor hace!

Los cuerpos estaban empapados en sudor y las ropas mojadas se pegaban desagradablemente a la piel.

Los otros bandidos abandonaron sus lechos.

—¿Qué demonios ocurre ahora? —inquirió Pierre.

—Debemos intentar bajar la temperatura —explicó René—. ¡Todo el mundo a trabajar!

Nadie se opuso a sus órdenes y los hombres, que se habían quedado con el torso desnudo, iniciaron la labor indicada, manejando las bombas que lanzaban sobre el agua el carbónico y el helio convenientemente mezclados.

Hacia mediodía, la lucha adquiría caracteres de epopeya. El agua seguía hirviendo, pero gracias al esfuerzo de todos, incluso de Yolande, intentaban evitar que el vapor de agua que se despedía incesantemente de la superficie hirviente del líquido hiciese estallar el caparazón del «satélite», produciendo una catástrofe de la que ninguno de ellos escaparían.

Con los ojos tremendamente abiertos, René, cerca de los aparatos que controlaban la presión en la cámara del agua, no dejaba de gritar como un desesperado :

—¡De prisa! ¡De prisa!

Las agujas amenazaban a cada instante marcar la cifra escrita en

rojo, y que significaría la explosión de la cubierta metálica de la esfera.

Hacia las cinco de la tarde, cuando ya no podían más, la beneficiosa y salvadora sombra da la Tierra empezó a caer sobre ellos.

Automáticamente, la temperatura inició un descenso que permitió, pocos minutos más tarde, que los hombres cesasen en sus horribles esfuerzos.

Sin fuerzas, se dejaron caer sobro el suelo de la cabina, respirando con dificultad.

Pierre, a pesar de todo, no quiso que nadie dejase de conocer su opinión.

— ¡Hubiese sido mejor la guillotina! Esto es mucho peor: una muerte lenta de la que no podremos escapar jamás.

—¿Por qué no volvemos a la Tierra? — inquirió Claude—. ¿Qué diablos hacemos aquí? Hasta ahora, no hemos hecho más que luchar contra dificultades tremendas…

Henri asintió con la cabeza.

—¡Realicemos una votación democrática! La mayoría dirá lo que debemos hacer…

El profesor, con una triste mirada en sus azules pupilas:

—Comprendo que no tengo derecho a retenerlos aquí. La idea de Henri me parece la mejor: realicemos una votación. Los que deseen marchar a la Tierra y que cese inmediatamente la expedición, que levanten el brazo.

Claude, Pierre y Henri lo hicieron.

—Los que quieran que nuestros trabajos prosigan…

No terminó. Yolande, René, Robert y él mismo levantaron el brazo.

Robert sonrió triunfante:

—Lo siento, muchachos. Hemos ganado los buenos.

La mirada de odie que le dirigió Claude quedó sin efecto.

* * *

La noche llegó lentamente...

Ya a la hora de la cena, que transcurrió en completo silencio, Yolande sintió un estremecimiento que no pudo evitar.

—Tengo frío —murmuró en voz baja.

—Debes estar cansada, querida. Has estado todo si día trabajando. ¿Por qué no te acuestas en seguida?

—Eso es lo que voy a hacer.

Después del café, que había servido Robert, ya que Yolande se había ido a la cama, los hombres, en silencio, encendieron sus cigarrillos.

—¿No nota frío? —inquirió el profesor, en voz baja, a su ayudante.

—Sí. Voy a consultar el termómetro.

El mercurio señalaba cuatro bajo cero.

René consultó el reloj.

—Las ocho y cinco de la tarde — dije en voz alta. Se acercó al profesor y quedamente:

—Cuatro bajo cero, señor.

Sebeil frunció el entrecejo. Decididamente, la zona de rotación debía estar muy lejos de la atmósfera y aquello significaba que iban a padecer bajas temperaturas durante la noche y altísimas durante el día.

Se incorporó, siendo imitado por su ayudante.

—Vamos a ver las reservas de cohetes.

Quedaban seis, los suficientes para abandonar la órbita, al acabar la exploración.

—No podemos hacer nada. Si cambiamos de órbita, jamás podremos regresar a la Tierra.

Y después de una pausa:

—Hemos tenido muy mala suerte, René. Hasta ahora, no hemos hecho más que luchar y ni tiempo hemos tenido para estudiar nada. Dentro de una hora, tendremos que combatir contra el frío.

—¿Cómo?

—Con chorros de oxígeno; no nos queda más remedio.

—Pero... ¿y si se agotan las reservas?

—¿Ha gastado todo el ozono que rodeaba a la esfera?

—Voy a ver.

Consultó unos cuadrantes.

—Queda un espesor de treinta metros.

—¿Lo que significa?

—Unas cien horas de oxígeno.

—¡Débil reserva!

—Sí, señor.

Hubo un silencio.

—Creo —dijo al fin el profesor— que debemos resistir un par de días más. Mientras esos hombres trabajan, recogeremos cuantas informaciones podamos. Luego, regresaremos.

René titubeó al decir:

—Me parece la mejor solución. Pero...

—¿Qué ocurre, René?

—¿Ha olvidado usted que nos falta un paracaídas?

—No, no lo he olvidado. Yo soy demasiado viejo, amigo mío.

Varton protestó vivamente:

—¡No, eso jamás!

Corrió velozmente hacia la escalerilla, que ascendió en un santiamén. Momentos después, con el rostro descompuesto y empuñando la pistola, bajaba otra vez.

—¡HAN DESAPARECIDO LOS PARACAÍDAS!

Robert dio un salto formidable.

Volviéndose hacia sus compañeros, se acercó a Claude:

—¿Dónde los has escondido?

—¿Yo? ¿Por qué me lo preguntas a mí?

El puño derecho de Robert describió una trayectoria velocísima, cuyo fin fue el rostro de Claude, que cayó violentamente de espaldas.

—¿Dónde están los paracaídas?

—Debajo de la cama de Pierre.

El «Desdentado» palideció intensamente.

—Yo no he sido... Robert; te lo juro.

Sin escucharle, Robert se apoderó del saco de plástico que los contenía y los colocó sobre el lecho de René.

—Ahí están, señor.

—Gracias.

René se volvió a los otros sin dejar de apuntarlos con la pistola.

El frío había aumentado considerablemente.

—No deseo —dijo— imponerme por las armas. Llegado el momento de utilizar los paracaídas, los sorteáremos, exceptuando, naturalmente, el del profesor y el de su hija.

Claude escupió la sangre que le llenaba la boca.

—¿Por qué? Si su novia ha cometido una locura no debemos pagarla nadie. ¿La quiere usted mucho, no? ¡Pues sea usted el sacrificado!

René asintió con la cabeza:

—De acuerdo. Yo me quedaré en la esfera.

Todos empezaron a castañear de dientes.

—Ahora —siguió diciendo René—, debemos luchar contra el frío. Si dejamos que el agua se solidifique, moriremos todos. Mañana de nuevo habrá que luchar contra el calor; pero será el último día, ya que mañana a la noche, regresarán ustedes a la Tierra.

Se pusieron a trabajar intensamente, haciendo que el oxígeno elevase la temperatura ambiente.

René, como siempre, vigilaba atentamente la marcha de la operación sin dejar de observar los termómetros que, afortunadamente y por lo que respectaba al agua y a la temperatura interior, iban ascendiendo poco a poco.

Incluso hasta bien entrado el día, hasta que el reloj de a bordo marcó las diez de una mañana, midiendo un tiempo completamente ficticio, no pudieron dejar el trabajo.

La temperatura ascendía rápidamente.

—¡A descansar! —gritó Robert—. Dentro de menos de dos horas, tendremos que luchar para no morir asfixiados por el calor.

Se lanzaron, rendidos, sobre los lechos. Su única esperanza era que aquel horrible día iba a ser el último.

El profesor al que como a Yolande se les había permitido descansar durante la noche, se levantó, al igual que su hija.

—Váyase a la cama, René.

—Sí, profesor.

Yolande se acercó a él.

—¿Estás muy cansado, querido?

Varton sonrió.

—Un poco. Vuélvete de espaldas a esos, Yolande.

Intrigada, la muchacha se volvió y René le pasó su pistola.

—Vigila á esos hombres —dijo él— mientras tu padre trabaja. A la menor alarma, despiértame y al mismo tiempo, despierta también a Robert; es la única persona honrada de ese grupo.

—Así lo haré, amor mío.

La muchacha disimulando su arma, se apoyó en la pared, mientras el profesor, completamente abstraído, temaba notas en un pequeño cuaderno.

Media hora más tarde, Robert se levantaba, haciendo que los demás le imitasen. Conociendo el manejo del aparato del carbónico-helio, empezó a trabajar con sus compañeros para enfriar el agua que envolvía a la esfera y hacer que la atmósfera fuera respirable.

Hacia mediodía, el gigante se acercó a Yolande, dando la espalda a sus compañeros.

—Dentro de poco bebernos una cerveza helada en una terraza de París, señorita. Me permitirá invitarla?

—Estaré encantada, Robert.

El gigante bajó la voz:

—No se preocupe usted. El señor René tendrá su paracaídas. ¡Palabra de presidiario! —añadió sonriéndose.

—¡Es usted muy bueno, Robert!

—¿Yo? No diga eso señorita. Verdaderamente, ahora que lo pienso, he merecido mil veces la hor…

No pudo decir más.

EL LARGO CUCHILLO DE PIERRE LE ACABABA DE PENETRAR POR LA ESPALDA. ATRAVESANDOLE El CORAZÓN

CAPÍTULO VII



L grito de horror que brotó de la garganta de Yolande despertó bruscamente a Rene que, sobresaltado, se sentó sobre el borde de su lecho.

—¿Qué pasa? — inquirió aún envuelto en las brumas de su interrumpido sueño.

Se restregó con fuerza los ojos.

Fue entonces cuando, con toda su crudeza, pudo ver la horrenda escena que tenía ante sí.

Yolande y el profesor, aterrorizados, miraban a Pierre y Henri que les apuntaban con sendas pistolas. Además, entre ellos, como un sangriento paréntesis, el cuerpo de Robert y en su rostro el gesto de una dolorosa sorpresa que explicaba claramente la traidora muerte que había recibido.

Se incorporó vivamente.

—¿Qué significa esto? —inquirió.

Fue un Claude sonriente y cínico quien le contestó:

—Cuidado, señor Varton; no se sulfure. Póngase al lado del profesor..

El amenazador gesto de la pistola pareció describir la trayectoria que el joven siguió.

—¿Por qué le han matado?

Pierre, el «Desdentado», sonrió a su vez.

—¿Que por qué le hemos matado? Nos estorbaba. Se había puesto en contra nuestra y nosotros no acostumbramos a perdonar a los traidores.

René se mordió los labios.

—¿Qué es lo que desean?

—Volver a la Tierra inmediatamente y mucho dinero, cuanto más mejor.

—Dinero les daremos cuanto podamos. En cuanto volver a la Tierra, esperarán hasta esta noche.

—¡No esperaremos!

Claude se adelantó unos pasos.

—Hay algo más —dijo.

Nadie osó preguntarle nada.

—Hay algo más —tornó a repetir—. Usted, René, se quedará en la, esfera…

Yolanda saltó bruscamente.

—¿Está usted loco? Ahora tenemos un paracaídas para cada uno.

Claude sonrió con cinismo:

—Tiene usted razón, preciosa; lo había olvidado.

Se volvió a Pierre:

—¡Trae los paracaídas!

El «Desdentado» obedeció prestamente arrastrando el paquete hasta los pies de su compañero.

—¡Abre el paquete!

Así lo hizo el otro.

—Ya está, Claude.

—¡Saca uno!

—¿Cuál?

—¡No importa, idiota! Uno de ellos; el que quieras.

Cuando lo tuvo en la mano:

—¿Qué hago ahora?

—¡Rómpelo!

Pierre dudó unos instantes. Claude furioso le lanzó un puntapié que el otro esquivó de milagro.

—¡Saca el cuchillo y desgárralo!

René intentó intervenir.

—No haga locuras, Claude.

El bandido lanzó una estentórea carcajada.

—¡No se preocupe! Debe darme las gracias, René. Voy a hacer de usted un maravilloso héroe.

Pierre desgarró la una tela del paracaídas. Yolande, sin poderse contener, se echó a llorar.

—¡Cállese!—gritó Claude.

Luego, cambiando de tono:

—Ven hacia aquí, preciosa. Seré yo quien me ocupe de ti desde ahora.

Varton cerró los puños con fuerza, adelantando unos pasos.

—¿Cómo se atreve, canalla?

—¡Atrás o disparo!

Hubo un corto y significativo silencio.

—¡Venga hacia aquí! —tornó a gritar Claude.

La joven, desamparada, clavó su mirada en los ojos de René. Por su parte, el profesor, completamente abatido, no se atrevía a levantar la cabeza.

—Ve, amor mío.

Ella creyó haber oído mal y se echó a temblar.

—¿Qué has dicho, René?

—Que vayas, amor mío; es lo mejor.

El bandido sonrió con aire de triunfo:

—Así me gusta; hay que ser razonable, señor…

Yolande empezó a avanzar hacia el cadáver de Robert. Levantó una de las piernas para pasar sobre él.

En aquel momento.

Pareció como si una exhalación se hubiese desplazado en la cabina. Una especie de silueta fugaz que atravesó el espacio a una velocidad verdaderamente formidable.

René, todo músculos, salvó la distancia que le separaba del dispositivo donde estaban los mandos para la descarga de los cohetes. Con un gesto llena de voluntad, oprimió violentamente la palanca.

Un disparo sonó entonces.

Al tiempo que sentía un tremendo escozor en el hombro izquierdo, experimentó los primeros efectos de la aceleración que la descarga de los cohetes habla provocado en la esfera.

En efecto: lanzado a una velocidad formidable, el «satélite» sufrió los efectos de una brusca aceleración que hizo que todos, menos él,

que se había agarrado en el último instante a una de las barras, cayesen en un montón informe.

De todas formas, el joven se percató en seguida de que no podía permitirse el lujo de perder un solo instante. Luchando contra la inestabilidad de la cabina, atravesó la distancia que le separaba de los que acababan de caer, los unos sobre los otros, apoderándose de la pistola de Pierre, que sangraba por la frente. No tardó en recoger del suelo el arma que, hasta entonces, había empuñado Claude.

Instantes después, salvada la fase aguda de la aceleración, todos pudieron incorporarse.

El profesor, cuyos labios sangraban, se volvió hacia René con los ojos brillantes de cólera.

—¿Qué ha hecho usted? ¿Cómo se ha atrevido, sin mi permiso...?

Pero René no tenía más que ojos para Yolande que, con las lágrimas en los ojos, se acercó & él.

—¡Gracias, amor mío!

La protegió él abrazándola con su brazo derecho.

—Ya no tenemos nada que temer. Ten esta pistola y apunta a esos granujas. Voy a atarlos.

Tanto Claude, como Pierre y Henri leyeron en las pupilas de Yolande la decisión de matar al primer movimiento sospechoso.

Se dejaron atar mansamente.

Entre tanto, el profesor, acercándose a los aparatos y, como de costumbre, tremendamente alejado de la realidad, tomaba ansiosamente notas,

—¡Formidable!

La pareja se acercó a él.

—¡Formidable! — volvió a exclamar.

—¿Qué ocurre, profesor?

Sebeil se volvió a su ayudante:

—¡Formidable, René! Ha tenido usted una idea maravillosa… ¡Estamos girando a más de dos mil kilómetros de la Tierra y a una velocidad que nos libra del calor de los días y del frío de la noche que hemos padecido hasta, ahora!

Así era, en efecto: impulsada a una velocidad formidable, la esfera, pasaba de la oscuridad a la claridad y así sucesivamente en pocos minutos. El metal de que estaba formada no tenía tiempo, de esa manera, a sufrir los bruscos cambios de temperatura que tanto habían hecho padecer a sus ocupantes.

Pero…

René no se atrevía a formular la horrible pregunta. Habiendo utilizado la totalidad ele la energía disponible, ya no podían, en forma alguna, soñar ni remotamente en volver a la Tierra.

Condenados a girar eternamente alrededor del Planeta, morirían allí y sus cadáveres flotarían en el espacio, en el interior del «satélite» por los siglos de los siglos

* * *

Tres días transcurrieron lentamente. Tres días de los relojes humanos, porque, en realidad, los días y las noches, en cuanto a la luz dependía, pasaban a una velocidad formidable.

René y el profesor hicieron observaciones de un gran valor y tomaron notas de multitud de fenómenos que interesaban tanto a los sabios de la Tierra.

Por desgracia, de nada sirvieron los esfuerzos de René para establecer contacto, por medio del radar, con el lejano planeta…

Aquella noche, la tercera desde la muerte de Robert —su cadáver había sido lanzado al Espacio en medio de una ceremonia emocionante—. René, aprovechando que Yolande dormía, se acercó al profesor.

—No queda oxígeno más que para seis horas…

El sabio, saliendo de su mundo íntimo, cuajado de cifras y da datos,

miró estúpidamente a su ayudante.

—¿Cómo dice, René?

—Que tenemos solamente oxigeno para seis horas.

Los ojos de Sebeil expresaron claramente su angustia.

—¿Qué haremos, amigo mío?

René lanzó una mirada a los prisioneros que seguían con los ojos las palabras que sus oídos no llegaban a captar.

—Hay demasiados pulmones inútiles.

El profesor, que había comprendido perfectamente, se estremeció:

—¡No podemos hacer eso, René! ¡Seria un crimen!

El joven se encogió de hombros.

—¡Estaban condenados a muerte de todas formas!

—¿Y nosotros? ¿Qué importa unas horas más de vida si, finalmente, hemos de acabar todos más o menos tarde? Lo verdaderamente triste es no poder comunicar a la Tierra los interesantes descubrimientos que hemos hecho.

René se levantó, separándose del profesor. Apoyado en el muro de la cabina, sus ojos se clavaron angustiosamente en Yolande que dormía tranquilamente, soñando, seguramente, con aquel porvenir rosado que no llegaría jamás.

¡Seis horas!

Comprendía ahora, por primera vea en su vida, la angustia del condenado a muerte, sus últimos instantes, la llegada irrevocable del postrer instante...

Se volvió de espaldas, como si así pudiese lograr escapar a la espantosa realidad que se acercaba. A través de la ventanilla circular del «satélite», la Tierra, como un enorme globo negro, ocupaba monstruosamente todo el horizonte.

Entornando los ojos, René se imaginó fácilmente las grandes ciudades, los pueblos, los ríos y las montañas y, sobre todo, las gentes, felices o desgraciadas, pero lejos de una angustia corno la que le

dominaba en aquellos instantes.

Un grito de dolor horrible le hizo volver la cabeza.

Henri, el soñador, se arrastraba por el suele:

—¡Mi dedo! ¡Se me ha caído un dedo!

Yolande, despierta bruscamente, se estremeció de horror:

—¿Qué ocurre?

Abandonando el lugar que ocupaba, René se acercó al bandido. Éste, trágicamente arrodillado a sus pies, extendió sus muñecas ligadas.

Temiendo una trampa, el joven se inclinó sin decidirse a desatarle.

No cabía duda de que Henri había dicho la verdad:

El pulgar de su mano izquierda yacía en el suelo y el muñón, a ras de la última articulación, no ofrecía la menor huella de sangre.

—¡Profesor!

Sebeil se acercó prestamente.

—¿Cómo se explica usted esto?

El sabio examinó detalladamente el dedo, que recogió cid suelo y después el seco muñón de la mano de Henri.

—No comprendo:..

Otro grito espantoso, esta vea lanzado por la garganta de Pierre, el desdentado:

— ¡Mi mano!

¡La mano de Pierre acababa de caer al suelo y corno a su amigo, ni una gota de sangre brotaba de parte alguna.

Yolanda gritó aterrada.

Rene asustado, corrió hacia ella:

—¿Te ocurre algo, querida?

—No, pero tengo mucho miedo, René…

Otro grito, esta vez surgido de la garganta del viejo profesor, les hizo volver la cabeza.

¡Todos: el profesor, Henri, Pierre y Claude se estaban deshaciendo!

Su carne caía a trozos, desprendiéndose del organismo y ocasionándoles un indecible dolor.

Incapaz de resistir un instante más, Yolande perdió el conocimiento.

Iba René a adelantarse, con el propósito de ayudar al profesor, sin saber exactamente cómo, cuando un ruido, un latido penetrante a su izquierda, le hizo detenerse.

¡Era el contador «Geiger»!

De repente, como una revelación, el joven comprendió lo que había ocurrido:

¡Los rayos cósmicos, fuera de la atmósfera, poseían el terrible poder que los hombres soñaban con utilizar desde hacia mucho tiempo!

Se estremeció, espetando, do un momento a otro, que él y Yolande se deshiciesen en pedazos como les había ocurrido a los demás.

Esperó…

A medida que el tiempo iba pasando, sin que nada extrañe sucediese, René empezó a preguntarse el motivo de que ellos dos no fuesen victimas de las terribles radiaciones que procedían de lo hondo del espacio.

Tardó cerca de una hora en descubrir la causa que les había salvado. Por encima de los lechos, del suyo y del que había pertenecido al profesor, se hallaban los depósitos de oxigeno, casi agotados, y los de helio completamente llenos.

Aquella masa gaseosa había jugado un papel de atmósfera y frenado la formidable fuerza de los fatales rayos cósmicos.

Dando íntimamente gracias a la Providencia, el joven se dispuso velozmente a intentar algo que pudiese hacerles salir de allí. Recordando justamente el helio y gozando, por la muerte de los cuatro hombres, de una mayor duración del oxígeno, podía tener tiempo, sin

salir de la zona de protección, para preparar algo que le permitiese escapar de aquel mortal cepo.

No pudiendo llegar a la escala metálica, ya que so veía obligado a atravesar la zona nociva, escaló, sirviéndose de su lecho, uno de los tubos, preparando el dispositivo para volver a la Tierra.

Uniendo los conductores de los cohetes con los depósitos de helio, legró hacer pasar la totalidad del gas a los depósitos superiores, utilizando una carga de gasolina para el encendido.

«Como las cosas vayan mal —pensó—, saltaremos en pedazos».

Pero, después de todo, la muerte les espiaba por todos lados y de alguna manera tenían que acabar.

Una vez conectado el nuevo sistema de propulsión, René sonrió satisfecho de su obra.

Al menos, habla intentado algo:

Abandonando aquellos lugares, el joven, se afianzó al tubo metálico por el que había subido, iniciando el descenso.

Ya iba a llegar al final cuando algo le hizo mirar hacia abajo, al tiempo que le pareció presentir un acontecimiento extraño.

—¡Padre!

Olvidando toda prudencia, Yolanda que acababa de recuperar el conocimiento, se lanzó hacia el destrozado cuerpo del profesor, no conociendo el horrible peligro que le amenazaba.

—¡Yolande!

Ya era demasiado tarde. Arrodillada junto al deshecho cuerpoo del profesor, la joven acariciaba, sin dejar de llorar, los blancos cabellos que emergían de la masa deforme de lo que había sido la cabeza del sabio.

—¡Yolande!

Estuvo a punto de lanzarse hacia ella; pero una especie de terror, mucho más fuerte que su voluntad y hasta más potente que su amor, le dejó corno clavado en el suelo.

El alarido de la joven no tardó en destrozarle el alma.

Una de las manos de la muchacha acababa de caer al suelo como cortada por una invisible guadaña…

Ella, con los ojos desorbitados, se volvió hacia el joven:

—¡René, no te acerques!

Había, en las azules pupilas de sus bellos ojos, un dolor y una angustia realmente indescriptibles.

Acababa de ver Yolande el montón de paracaídas no lejos de ella. Haciendo un poderoso esfuerzo, arrastrándose, volvió la espalda a René, avanzando hacia las sedosas telas.

Se apoderó de una y jadeando, se volvió.

Fue ahora René quien lanzó un grito de horror.

Casi la totalidad del rostro de la joven había caído al suelo. Monstruosamente horrible, la joven empezó a avanzar hacia él.

Con un supremo esfuerzo, lanzó el paracaídas a los pies de su amado, desplomándose después definitivamente sobre el suelo de la cabina.

Durante mucho tiempo —¿cuánto exactamente?— René permaneció completamente inmóvil, sin saber qué hacer…

Una sensación de extraño ahogo le hizo salir de su ensimismamiento, despertando en él el poderoso reflejo de su instinto de conservación.

Sin darse cuenta de lo que hacía, se acercó al cuadrante donde podía leerse la cantidad de oxígeno que quedaba.

¡Tenia para treinta minutos!

Loco de horror, ascendió de nuevo por la cañería metálica, poniendo en marcha el dispositivo de reacción que había preparado antes de la tremenda tragedia de Yolande.

Un silbido potente le ensordeció. Luego, bruscamente, una fuerza indomable le pegó a la pared superior de la esfera, haciéndole perder el conocimiento…

CAPÍTULO VIII



ERA usted tas amable de esperar unos instantes, señor?

El empleado se alejó, dejando la puerta entreabierta. Durante unos instantes, él permaneció tranquilo, consumiendo el cigarrillo y lanzando una densa columna de humo hacia el techo.

—¿Se puede?

Una silueta bajita y rechoncha se perfiló en el umbral de la puerta. Parecía poseer, aunque casi invisible, un recorte grotescamente simpático y bonachón.

—¿Se puede?

El hombre del cigarrillo dejó de fumar, molesto porque le hubiesen tomado por uno de los empleados de aquella casa. Se levantó, confundido:

—Yo...

Porque el hombrecillo estaba ya ante él y le miraba sin dejar que los músculos de su cara descansasen dejando de sonreír.

—Ya sé, ya sé que usted no es de aquí —dijo el otro como si hubiese adivinado sus temerosas ideas—. Usted es el que ha venido a por ellos. ¿No es así?

El del cigarrillo asintió, tímidamente, con la cabeza.

—Está bien, está bien. El director tardará aún bastante en recibirle. ¿Por qué no viene usted conmigo unos instantes?

—¿Con usted? ¿Dónde?

—Pronto lo verá. Le aseguro que volverá encantado.

—Bueno.

No supo nunca el hombre del cigarrillo por qué dijo «bueno» y menos por qué siguió al hombrecillo que se dirigió resueltamente a la puerta.

Un amplio y largo pasillo se abrió ante ellos. El hombre del cigarrillo estuvo a punto de decir algo, pero se abstuvo y el gesto, dirigido a su estrafalario acompañante fue como un ademán absurdo que hubiese hecho reír a cualquiera que hubiera logrado verlo.

El pasillo parecía no acabarse nunca.

Finalmente y cuando el visitante empezaba a sentir una vaga angustia, una minúscula puerta fue abierta en el muro por el hombrecillo de la voz aguda.

—Por aquí —dijo.

Casi en seguida empezaron a bajar por una estrecha y húmeda escalera de piedra. A su término, el hombre del cigarrillo se percató, con un estremecimiento, de que se hallaba en un lóbrego depósito de cadáveres.

—¿A dónde vamos? —Inquirió deteniéndose decididamente y dispuesto a no dar un paso más.

—Ya hemos llegado —dijo el otro.

—¿Qué es esto?

—¿No lo ve? ¡Un depósito de cadáveres!

Hubo un corto y emocionante silencio.

—¿Por qué me ha traído aquí?

E1 otro rio con una risa breve y espasmódica.

—Deseo que los vea, uno a uno, antes de decidirse a llevarse a los otros.

—¿Qué es lo que tengo que ver?

—Sus rostros. Yo le iré explicando cosas muy interesantes. No hace falta que digamos nombres; les nombres, desgraciadamente, ya no tienen importancia aquí.

Otra vez quiso el visitante decirle que deseaba irse. Y otra vez su gesto fue nada más que una ridícula postura reflejada en el muro.

—Está bien; puede empezar.

—Acérquese.

Obedeció el visitante y el otro levantó la sábana del primer cadáver que tenia al lado.

Era una mujer.

—¿Quién es?

—Era la mujer de uno. Durante muchos años, resistió golpes y vivió hundida en el peor de los infiernos. Luego, corno puede ver, como pago a sus desvelos, él la cortó el cuello...

Descubrió tres cadáveres más.

—Desdichadamente, después de matar a su mujer, hizo lo mismo con sus dos cuñados y su suegra que vivía con él. Aquí están...

—¡Basta!

—No se preocupe. Aquí no debe usted tener miedo de nada, ¿No se ha dado cuenta de lo tranquilos que están todos?

Se acercó a otra mesa:

—Esta es la hazaña del más alto de todos. Penetró una noche en una tienda y mató al dueño, a sus dos hijos y a su esposa, poniéndose furioso al no encontrar en la caja más que doscientos miserables francos...

Tapó cuidadosamente los cadáveres y pasó hacia otro lado, deteniéndose ante una impresionante fila que descubrió rápidamente.

Todas eran mujeres jóvenes y las había singularmente hermosas.

—Esta es la obra del otro, del «Don Juan». Todas ellas creyeron en sus promesas de matrimonio y en las fabulosas riquezas que afirmaba poseer... ¡Pobrecitas! Le entregaron sus ahorros y él las fue matando para seguir sembrando la mentira y la muerte...

Miró significativamente al visitante y se dirigió a una especie de cuba enorme; un depósito de piedra, cuyo borde estaba al ras del suelo y que estaba cubierto por una lona con negruzcas manchas que parecían de sangre.

Desató los bordes y el hombre del cigarrillo retrocedió lanzando una exclamación de horror.

—Ya le he dicho antes que no se asuste; no merece la pena. Son completamente inofensivos.

La cuba cimentada estaba repleta, hasta los bordes, de restos mezclados de muchos cadáveres distintos.

Otra vez pareció que el hombrecillo adivinaba claramente sus ideas;

—Sí, no sabernos cuántos hay... Nos ha sido imposible reconstruir su número exacto.

—¿Quién lo hizo?

—El otro; el soñador. Dijo que deseaba implantar un régimen de justicia social y por eso puso una bomba en un banquete de gentes honradas que celebraban no sé qué... ¡Les llamó burgueses y les hizo saltar en pedazos!

El visitante sacó un pañuelo de uno de sus bolsillos y se limpió el sudor que le caía por la frente.

—¡Es horrible!

—¿Usted cree? — fue la extraña respuesta.

Se acercaron a otra de las mesas y el hombrecillo descubrió el cadáver de una mujer de cierta edad, al que faltaban las manos.

—Esto es del otro, del «Desdentado». Sirvió dos años, corno criado, en la casa de esta viuda rica. El día que la robo, después de matarla, llevándose todo lo que de valor encontró en su casa, no se conformó...

—¿Y las manos?

—Eso era, precisamente, lo que iba a decirle. Después de llenar un saco, recordó que el cadáver llevaba unas sortijas puestas. Y corno no pudo sacarlas, juzgó ameno mas práctico llevarse las manos y todo.

—¡Vámonos!

—Si, ya nos vamos; no se preocupe. Francamente, no esperaba que usted tuviese tan excelente presencia de ánimo...

Al ver que el hombrecillo se dirigía al otro extremo, alejándose de la puerta por la que habían entrado, el visitante se detuvo.

Ahora si; su gesto fue lógico porque preguntó: —¿Dónde vamos?

—Un momento, por favor; quiero enseñarle mis habitaciones particulares.

Antes de que el otro hubiese abierto del todo la puerta que hasta entonces no había visto el visitante, éste murmuró tímidamente:

—Quisiera hacerle una pregunta.

—Las que desee, señor.

El hombre del cigarrillo le miró fijamente:

—¿Quién es usted?

—¿Yo? EL VERDUGO

Se estremeció ligeramente el visitante.

—¡Ah! —exclamó solamente.

Al otro lado de la puerta la luz del sol hizo que el visitante cerrase los ojos, cegado momentáneamente.

Al abrirlos…

Se recortaba su contorno horrible, como un símbolo de una época tristemente célebre… «La Dama de la Muerte», desnuda, con su cuerpo de madera y acero, estaba allí.

La Guillotina.

El verdugo se acercó al trágico aparato que era su única razón de ser y, amorosamente, acarició sus altos postes de madera. Allí arriba, como truncada por la diagonal luminosa que ponía el sol en ella, la cuchilla brillaba siniestramente.

—No tenga miedo, amigo mío. No tenga miedo… Para usted, como para mí, la guillotina no significa nada. Un extraño y repulsivo objeto nada más. Ya ha visto, hace unos instantes, lo que es necesaria hacer para llegar hasta aquí, para que esa cuchilla baje sobre el cuello desnudo de una persona… Hay que matar, quitar la vida, miserablemente, a nuestros hermanos; a unos pobres seres que no nos habían hecho mal alguno…

Un silencio, profundamente trágico siguió a las extrañas palabras del hombrecillo.

Repentinamente:

—¿Quiere usted verla funcionar, señor?

—¡No! ¡No! ¡No es necesario!

—¿Por qué no? Ya le he dicho que no debe temer nada… ¡Mire!

Un relámpago le cegó; durante unos segundos o quizá muchísimo menos, su oído percibió un rapidísimo silbido; luego, de repente, un sonido seco, como si la vida, su propia vida, acabase de truncarse definitivamente…

* * *

—Debo estar soñando…

Hizo un esfuerzo para escapar a la presión de aquella terrible pesadilla, pero no logré nada.

—¿Dónde estoy, Dios mío?

La parecía seguir oyendo el silbido de los reactores en los que había colocado el helio... O bien el silbido de la hoja de la guillotina que bajaba en busca de un cuello desnudo.

—¡Yolande!

La llamó con toda la fuerza de su cariño, sintiéndose tremendamente desdichado al haberla perdido. Al recordar los trozos de aquel maravilloso rostro que caían al suelo de la cabina...

—Yolande...

¡Si la hubiese escuchado! Si hubiese oído sus consejos y se hubiera negado a seguir al profesor hacia su loca expedición...

* * *

El verdugo estaba a su lado y había puesto su descarnada mano sobre su brazo.

—Señor.

René entreabrió los ojos.

—¿Dónde estoy?

—Aquí, a mi lado, con el verdugo. Me pareció que se había quedado usted dormido. ¿Vamos?

—¿A dónde?

—El empleado le está esperando, señor.

Otra nueva puerta y el empleado que le había recibido, momentos u horas antes — ¿quién podía estar seguro allí? — apareció ante ellos.

—Le estaba esperando, señor.

—Ya está aquí — intervino el hombrecillo.

Luego, volviéndose hacia René:

—Hasta nunca, señor. No le doy la mano, porque nadie se la estrecha al verdugo.

Se inclinó ligera y graciosamente. Después, con su eterna sonrisa en los labios, que más parecía una mueca, desapareció por la pequeña puerta que cerró cuidadosamente.

—Por aquí, señor.

Otra puerta, una nueva escalera, tan estrecha y húmeda como aquella otra y finalmente una galería con puertas cerradas a ambos lados.

El empleado, que había sacado un manojo de llaves, abrió una de las celdas.

—¡Robert Leblond!

El gigante salió sonriente.

—¡Hola, señor!

Llevaba una mancha de sangre que le cubría gran parte de su chaqueta de presidiario.

—¡Ya lo ve usted, señor Varton! ¡Me han traído otra vez aquí!

—¡Entra!

El empleado cerró la puerta.

Al abrir la segunda puerta:

—¡Claude Blasson!

El «Don Juan» salió de la celda con una cínica sonrisa en los labios. Miró al visitante con desprecio, de arriba abajo:

—¿Cómo sigue esa preciosidad de Yolande? —inquirió sarcásticamente.

—¡Canalla! —rugió René.

—¡Adentro!

De la celda siguiente y al ser llamado, surgió el «desdentado», Pierre. Tenía aún el cuchillo en la mano; un arma manchada de

sangre, con la que había atacado a Robert.

No dijo nada.

René recordó la mujer elegante de las manos cortadas.

—¡Enciérrelo! —ordenó al empleado.

Unos pasos más, de nuevo el gemir de la cerradura, y:

—¡Henri Léchoir!

El «social» salió huraño, mirando con odio a los dos hombres.

—¿Qué queréis de mí?

En la imaginación de René se presentó la fosa repleta hasta los bordes de restos sangrientos.

—¡No! —gritó—. ¡Tampoco le quiero!

El empleado empujó a Henri y cerró la puerta.

Luego, volviendo al joven:

—¿No le conviene ninguno?

René negó la cabeza negativamente.

—No, no podemos viajar con esos criminales.

El empleado se encogió de hombros.

—No podemos ofrecerle otra cosa, señor Varton.

El joven sintió una extraña angustia.

—¡Quiero salir de aquí!

Y echó a correr, tropezando con puertas y más puertas, todas ellas de hierro y que se cerraban en el preciso instante en que él se precipitaba sobre ellas...

De repente, cuando menos lo pensaba, las celdas de los condenados a muerte se abrieron y los cuatro hombres surgieron de la negrura, gritando como locos:

—¡Eh, señor! ¡No me deje aquí!

—¡Llévame con usted!

—¡Vamos a la esfera!

—¡Trabajaremos para obtener el oxígeno!

—¡No robaremos los paracaídas!

René corría desesperadamente, de un lado para otro, hasta que tropezó con el empleado.

—¿Por qué les ha abierto las celdas?

El otro le miró estúpidamente, como si no le comprendiese.

—¡Señor!

—¡Señor!

—¡SEÑOR!

* * *

—¡Señor!

René, sobresaltado, abrió les ojos.

—¡Eh!

El empleado estaba junto a él.

—¿Por qué les ha abierto las celdas?

El otro le miró estúpidamente, no comprendiendo.

Se volvió, descubriendo a otro hombre, grueso y elegantemente vestido.

—Se ha debido de quedar dormido, señor director.

René se puso en pie. Le dolía extraordinariamente la cabeza.

—Perdonen. He debido tener una pesadilla…

El director, sonriendo, se acercó a él.

—Usted es el que debe perdonarme, señor Varton; le hemos hecho esperar demasiado; pero comprenderá que debía hablar con el ministro.

—¿Con el ministro?

—Naturalmente. La petición que hizo, en nombre del profesor Sebeil, no ha podido ser tenida en cuenta. Créame que lo siento.

—¿Que lo siente?

—Sí. Francamente, lo lamento mucho el no haber podido hacerles un servicio; pero, como le decía, ha sido completamente imposible.

—¿Por qué?

—PORQUE LOS CUATRO CONDENADOS A MUERTE QUE. SOLICITABA EL PROFESOR SEBEIL HAN SIDO GUILLOTINADOS ESTA MADRUGADA PASADA.

* * *

René se vio obligado a frenar violentamente.

Desde que había salido de Fresnes mantuvo una velocidad límite, y naturalmente, los motoristas no tardaron en cortarle el camino.

—¿Es que quiere usted matarse? — inquirió el agente, mientras sacaba su bloc de notas...

—No —repuso René, respirando profundamente—. Muy lejos de eso, señor agente. Pero deseo llegar cuanto antes a Niza.

—¿A Niza? ¿Y por qué no ha tomado el avión?

—No lo he pensado antes, se lo juro. Tome mi nombre y déjeme partir. Tengo mucha prisa.

Se encogió el otro de hombros, considerando aquel caso como uno de los imposibles, con los que solía tropezarse a diario.

—¡Está bien! Siga usted, pero mucho más despacio, ¿eh?

—¡Gracias!

Esperó a que el motorista se hubiese perdido de vista para impulsar nuevamente el acelerador a fondo.

Horas más tarde llegaba a Niza.

Cuando penetró en el amplio jardín de la posesión. de los Sebeil, corrió alocadamente hacia la piscina, sabiendo que allí hallaría a Yolande.

—¡Yolande!

La joven, que nadaba graciosamente, se detuvo saludando con una mano.

—¡Yolande!

Ella, de varias brazadas rápidas, llegó al borde.

—¡Yolande!

Se abrazó a ella, con todas sus fuerzas, mientras sentía una sensación da felicidad Indescriptible,

—¡Te vas a manchar de agua, René! ¿Pero, qué te pasa?

Él no dijo hada, pegado su rostro contra el húmedo y suave de la joven, permaneció largo tiempo así.

Luego, cuando se separaron.

—Yolande. No voy con tu padre,

—¡Oh, querido!

—No, no voy; ni él irá tampoco.

Fue ella ahora la que se abrazó fuertemente a él.

—¡Qué dichosa me haces, René!

Y él, con una voz emocionada, en la que había tonos de temor y de miedo, de horror y de pesadilla, que ella no podía comprender ni comprendería jamás, dijo con una fe inquebrantable:



—¡NO SALDREMOS AL ESPACIO, AMOR MÍO!

LA VOZ DE LA RADIO

Una «Fiction-story»

de LAW SPACE

Indudablemente, la señora Warren no vio el largo, fino y traslúcido tentáculo que penetró por la ventana de su cocina. Sin embargo, el

tentáculo pasó a menos de cincuenta centímetros de su cuerpo, y al llegar a la altura del «frigidaire» se elevó, mostrando el abultamiento azul que ostentaba su extremo libre.

A la manera de la diminuta cabeza de una serpiente, aquel abultamiento azul se balanceó unos instantes, moviéndose después sobre el flexible tallo de su cuerpo y girando completamente.

Fue entonces cuando la señora Warren salió apresuradamente de la cocina, donde acababa de tomarse una taza de café, pasando al comedor y lanzando aquella exclamación que se había convertido, a través de los años, en una inveterada costumbre:

— ¡Dios mío, cuánto trabajo tengo!

Sobre la amplia mesa del comedor estaban los restos del desayuno que, para ella, poseían un indudable sello de personalidad, representando cada uno la huella indudable de un ser querido.

Allí estaba, por ejemplo, en la cabecera de la mesa, la taza de café, vacía, de su esposo. El periódico, que había hojeada rápidamente mientras bebía, estaba, como siempre, abierto exactamente la página doce: la dedicada a los deportes.

A la izquierda, otra taza, ésta de chocolate, y una servilleta cuidadosamente doblada, era la prueba indudable de que Sully, la hermosa y graciosa Sully, a pesar de sus nueve años, poseía ya una personalidad ordenada que había heredado, sin ningún género de dudas, de su madre, la señora Warren.

A la derecha, la taza —¿cómo no?— inacabada de Peter, el diablillo de la casa, con una servilleta repleta de oscuras manchas de chocolate; manchas que formaban feos islotes igualmente sobre el mantel.

Acuciada por la prisa, la buena señora Warren empezó a recoger los restos que habían dejado los suyos en su precipitado desayuno. Lo colocó todo sobre una bandeja y cuando hubo reunido la totalidad de tazas y platos que había sobre la mesa, los llevó a la cocina, dejándolos sobre el soporte de plástico del lavadero automático.

Tampoco en aquella ocasión se percató la señora Warren de la presencia del extraordinario tentáculo que, dejándose caer desde lo alto del «frigidaire», se iba acercando al minúsculo aparato de radio que había sobre una repisa al lado izquierdo de la puerta del comedor.

La señora Warren se detuvo, perpleja, unos instantes, sin saber que

hacer. Esperaba, antes de dos horas, la llegada del reverendo Templer que, con su esposa, habían prometido hacerle una visita.

—¡Limpiaré primero el comedor! —se dijo.

Abandonó nuevamente la cocina, lanzándose decididamente a su tarea en la amplia estancia, cuyos enormes ventanales abrió de par en par. Desde allí pudo ver que Harry, su marido, había dejado otra vez abierta la puerta del garaje.

Sonrió.

Después de quince años de matrimonio, en los que la felicidad se había convertido en una deliciosa costumbre, podían perdonarse muchas cosas de las que no causan disgustos más que a las parejas que, en realidad, cometieron un grave error uniéndose para toda la vida.

La señora Warren no comprendía las dificultades de carácter en los otros matrimonios; para ella, desde que se unió a Harry, las cosas habían permanecido dentro de una normalidad —las malas lenguas decían «vulgaridad»— en la que nunca habían existido esos falsamente agigantados problemas que obligaba, a muchas parejas vecinas, a pasarse la tarde en los gabinetes de los doctores «psicoanalistas».

«Demasiado dinero y pocos hijos» —dijo para sí la señora Warren, moviendo enérgicamente la cabeza.

No cabía duda que aquellas gentes: los Ferroston, que vivían dos calles más arriba, los Cooper, los Thomason y otros muchos, adolecían de un exceso de ingresos que no pudiendo desembocar en gastos normales debían irse, naturalmente, a los bolsillos de esos pillos de psicólogos.

Ella no tenía grandes problemas sentimentales, ni consultaba el horóscopo en las revistas de modas, ni tomaba excesivas drogas para conciliar el sueño…

No, ella se limitaba a hacer que la vida de su esposo y de sus dos hijos transcurriese por los caminos más fáciles, sin complicar la existencia de los suyos y por tanto sin complicarse la suya propia.

Manejando hábilmente la escobita de pelos de plástico, la señora Warren empujó las migajas hacia el pequeño recipiente que tenía en la mano izquierda…

Fue, luego lo recordó con una precisión extraordinaria, en aquel preciso instante, cuando llegó hasta ella el sonido de la «radio».

—«Señora»... «Señora» —decía el locutor.

Anna Warren —ya es hora que la llamemos por su nombre— frunció el entrecejo. Estaba más que segura de que no había encendido el aparado y que nadie de su familia podía haberlo hecho, ya que no era costumbre.

—«Señora..., por favor, un momento de atención, señora.»

Le fastidiaba tanta campaña comercial, tanta propaganda desde muy de mañana. Generalmente, se decidía a encender la radio cuando habla terminado con el comedor coincidiendo, entonces, con el comienzo de las buenas melodías y de las recetas de cocina.

Con paso enérgico se dirigió hacia el aparato de radio, intentando apagarlo, mientras pensaba que debía haber quedado abierto la noche anterior. Aquella sola idea la preocupó, ya que el gasto inútil de luz debía haber sido importante.

Pero sus dedos intentaron vanamente empujar el botón del aparato, percatándose de que estaba cerrado.

Durante una centésima de segundo, la señora Warren estuvo a punto de descubrir la verdad, ya que el fino y traslúcido tentáculo estaba junto a su torso.

Pero, intrigada como estaba por la voz que acababa de oír y deseando encontrar una explicación lógica a todo aquello, se dirigió a la ventana de la cocina, completamente convencida de que lo que habla oído era el aparato de alguno de sus vecinos.

Desde luego, era una mala costumbre la de dar toda la fuerza a los aparatos de radio, molestando inútilmente a los que, por la causa que fuese, no deseaban oírlo.

Anna Warren, mujer detallista en extremo, llegó su duda hasta creer que podía ser el aparato de televisión, situado en el «living», el que podía haber quedado encendido. Fue allí y comprobó, con una sonrisa de seguridad en los labios, que se había equivocado igualmente.

Todo marchaba bien en su casa.

Regresó al comedor y después de quitar el mantel de plástico, colocó el otro que Harry le habla regalado hacía tres años, comprobando que seguía igual de nuevo que el día que su esposo lo trajo a casa.

Aquellos pequeños detalles eran los que llenaban la vida de la señora Warren que, al contrario que sus opulentas vecinas, había conocido momentos de estrechez y se había criado en el seno de una familia para los que un dólar tenia la importancia del sudor que costaba ganarlo y la experiencia de lo fácilmente que podía administrarse.

Por eso, Anna cuidaba los pequeños detalles, plenamente convencida de que no hay forma más hermosa y eficiente del ahorro que el que surge de la conservación de lo que se compra.

—«Señora…, por favor.»

Esta vez, la primera, la señora Warren no tuvo más remedio que asustarse. Se detuvo, en medio de un gesto, que estaba haciendo y sintió que su corazón se ponía a latir velozmente, golpeando las paredes del pecho.

En realidad, no sentía miedo.

Hacía muchos años que vivía en las afueras de la ciudad y nada habla ocurrido nunca en aquella colonia de hermosos y lujosos hoteles.

Recordó, momentáneamente, que bien podía tratarse de un vendedor que a la puerta de la casa no se atreviese a entrar y la estuviese llamando insistentemente.

Salió del comedor, atravesó el «living», abrió la puerta…

Nadie.

Encogiose de hombros y volvió a su trabajo, dispuesta a escuchar más atentamente si aquella misteriosa voz se dejaba oír de nuevo.

No tuvo que esperar mucho:

—«Señora…»

Esta vez, Anna estaba completamente tranquila y oyó perfectamente su propia voz, que se dejaba oír sin el menor timbre de

vacilación:

—¿Quién me llama?

—«Soy yo, señora.»

—¿Dónde está usted?

—En su aparato de radio, señora.

Las manos de Anna, que se apoyaban inconscientemente en el borde de la mesa del comedor, temblaron un poco.

—¿Qué desea usted? — inquirió sin moverse.

—Necesito ayuda, señora. No tema, no le haré daño alguno.

Durante un par de minutos, Anna permaneció silenciosa, preguntándose un sin fin de cosas a las que no podía contestar.

Finalmente, decidida a seguir «la broma» hasta donde fuese posible, abandonó el comedor y penetró decididamente en la cocina; eso sí, manteniéndose alejada del aparato de radio, al que lanzó una mirada extraña.

—No le veo a usted —dijo con voz firme.

—No puede verme señora..., por el momento.

—Dijo que necesita ayuda.

—Así es; pero quiero antes prepararla, porque no desearía producirle el menor miedo.

—¿Por qué sabe que me lo haría?

—Por mi aspecto.

—¿Su aspecto? No entiendo.

—Me explicaré, señora. No soy un ser como los que usted está acostumbrada a ver... Soy, según dicen ustedes..., «horrible» y hasta «repelente».

Hubo un corto silencio.

—Pero, estoy herido...

La bondad innata de Anna Warren se manifestó inmediatamente.

—¿Herido? ¿Quién ha podido hacerle mal?

—Nadie, señora. He sido yo mismo quien se ha herido estúpidamente... Por eso necesito su amable ayuda.

—No sé cómo podré ayudarle si no le veo. ¿Necesita vendas, alguna solución cromática para desinfectar las heridas, alcohol?

La sorprendente respuesta llegó enseguida:

—No, nada de eso, señora, muchas gracias. Lo que necesito para curarme es... carbón.

—¿Carbón? En mi vida he oído cosa semejante.

—Ya le decía yo que se extrañaría.

—Está bien, está bien. ¿Dónde se ha herido usted? ¿En la cabeza? ¿En el pecho?

—No, señora; yo no tengo ni cabeza, ni pecho...

Ella retrocedió asustada, hasta tropezar con la pared.

—Le ruego que no se asuste, señora... No le hará daño alguno. Comprendo perfectamente su extrañeza. Yo también experimenté una sensación semejante de asombro cuando les vi a ustedes por vez primera.

—¿Que nos vio por vez primera? ¿A quién? ¿A nosotros? ¿Es que los Warren somos tan raros, Dios mío?

—No me refiero a ustedes, a. su familia, sino a todos los seres que habitan este planeta...

Los ojos de Anna se abrieron como platos.

—¿Entonces?... —balbuceó.

—Sí, eso es. Ha acertado usted, aunque no soy exactamente lo que está pensando. Soy un marciano, en efecto.

—¿Un marciano?

—Sí, ya sé que usted, como otros muchos, no han creído nunca en

la existencia de los «platillos volantes». Sin embargo, es verdad, señora Warren. Estamos, desde hace algún tiempo, observando la Tierra...

—¿Van a invadirnos?

—-No, no tema... Nosotros desearnos solamente estudiarles, por el momento. Hemos comprendido en seguida cuán desdichados son ustedes y haremos lo posible para que lleguen a ser tan dichosos como nosotros lo somos...

—Muchas gracias...

Guardaron silencio unos instantes.

—Así — dijo resueltamente Anna —, que necesita usted carbón para curarse, ¿no es eso?

—Sí.

—Desdichadamente, no tengo carbón. Ya habrá usted visto que mi cocina es completamente eléctrica; pero no se preocupe. Voy a telefonear al carbonero.

—¡No llame a los soldados, señora!

—¿A los soldados?

—A la policía querría decir. Por el momento, no desearía que nadie conociese mi presencia en la Tierra; podía resultar cosa desagradable. Ellos no comprenderían como usted.

—Llamaré solamente al carbonero.

—Gracias.

Le costó, una vez salida de la cocina, marcar el número que deseaba. Las manos le temblaban terriblemente y hubo de hacer un supremo esfuerzo para dominarse.

De nuevo, junto al aparato de radio:

—He pedido cincuenta kilos. ¿Habrá bastante?

—Más que suficiente.

—¿Qué he de hacer cuando lo traigan?

—Ya se lo diré. Por el momento le ruego diga al carbonero que lo deje en el jardín, no muy lejos del garaje...

Ella recordó, de golpe, la puerta entreabierta.

—¿Está usted en el garaje?

—Sí.

—¿Y cómo es posible que yo le oiga aquí, en el aparato de radio?

Tardó unos segundos en responder.

—Mire usted con cuidado a su izquierda, junto al «frigidaire»... Un poco más abajo... ¿No ve una especie de cinta traslúcida?

Ella dio un verdadero salto, pues el tentáculo estaba muy cerca de sus pies.

—¿Qué es eso? —gritó.

—No se asuste, por favor. Ya le he dicho que soy muy distinto a ustedes. «Eso» es un tentáculo, uno de los doce que emergen de mi cuerpo; cuatro de ellos son capaces de sentir, pensar y expresarse y están unidos a lo que podíamos llamar mi «cerebro».

—Comprendo —repuso ella tragando la saliva con dificultad.

Luego, ya más segura, pero alejada del tentáculo:

—No me imaginaba yo que los marcianos conocían el inglés tan perfectamente...

—Nosotros no conocemos ninguna de las lenguas que se hablan en la Tierra y aunque las conociésemos, no podríamos utilizarlas porque somos incapaces de hablar... tal y como lo hacen ustedes.

—¡Pero si estoy oyendo su voz!

—Eso es lo que parece. Yo estoy hablando «mentalmente» con usted, aunque utilizo este aparato para que mi energía mental pueda llegar a su cerebro.

—Es muy curioso.

Se oyó el ruido de un coche que se acercaba.

«¡Que no sean los Templer, Dios mío!» — pensó.

—Es el carbonero, señora Warren —dijo el marciano.

Ella miró al aparato de radio con asombro.

—¿Cómo lo sabe?

—Otro de mis tentáculos está a la puerta de la casa, junto a la carretera.

Anna respiró aliviada.

—Voy a decirle que deje el carbón en el jardín.

Tardó cerca de diez minutos en volver.

—Ya está todo —dijo una vez en la cocina.

—Ya lo he visto. Es usted una persona muy amable, señora Warren.

—No tiene importancia. Es un deber humano el de hacer bien a quien lo necesite.

—Ya lo sé. Quiere hacerme un favor?

—Diga.

—Voy a abandonar el aparato de radio, pero es necesario, para poder hacerme entender con usted, que lo lleve al garaje.

—Está bien, pero no tenemos ningún enchufe allí.

—No hace falta. Yo proporciono la energía necesaria para su funcionamiento mediante un proceso muy largo de explicar.

Avanzó Anna hacia el aparato de radio.

—¡Un momento, señora!

—¿Qué ocurre?

—Nada. Deseo rogarla, de nuevo, que no tenga miedo. Por muy «repelente» que me vea, no olvide que no la haré daño alguno...

—No tema. Haré lo que sea.

—Gracias otra vez. El saco de carbón está ya en el garaje y he

colocado una pala al lado.

—¿Cómo?

—Si. Uno de mis tentáculos motrices lo ha llevado. Pesaba demasiado para usted.

—Muy amable.

—Ya puede coger el aparato. La espero en el garaje.

Con el aparato de radio en la mano, la señora Warren se dirigió tranquilamente al garaje anexo a la casa.

Antes de entrar, se detuvo dudando.

«¡Sea lo qué el Señor desee!» — se dijo para confortarse.

«ÉL» estaba en el fondo, y Anna, a pesar de sus buenos propósitos, estuvo a punto de dejar caer la radio y salir corriendo...

Era una especie de masa viscosa de unos metros de altura y que palpitaba como esos cuerpos de medusa que mueren lentamente en las cubiertas de los barcos pesqueros.

«Repelente» no era la palabra adecuada para describirlo: «espantoso» hubiese estado mucho mejor.

Anna dejó el aparato de radio sobre la mesa de las herramientas.

Casi instantáneamente, la voz del marciano se dejó oír.

—Ha tenido miedo, ¿eh? No me extraña. Somos demasiado distintos para soportarnos visualmente. Es usted muy valiente, señora Warren y le estoy muy agradecido.

—¿Qué debo hacer ahora? —dijo ella deseando acabar cuanto antes.

—El saco está abierto. Coja carbón con la pala y vaya echándolo, sin miedo, en esta parte verdosa de mi cuerpo.

Ella no se atrevió a mirar siquiera, prefiriendo cargar antes la pala de carbón.

Luego, lentamente, para no verter nada, se acercó al marciano.

La masa verdosa debía tener casi dos metros cuadrados de superficie. Anna hubo de hacer otro gran esfuerzo para no desmayarse. Valientemente lanzó el contenido de la pala sobre la masa verdosa.

El aparato de radio dejó oír unos sonidos extraños.

—¿Le he hecho daño? —inquirió asustada la mujer.

—No es nada; se lo aseguro; siga echando, por favor.

Ella continuó la tarea hasta que la masa verdosa desapareció bajo la capa de carbón. El saco quedó medio vacío.

—¿Bastante?

—Suficiente, señora Warren. No sé cómo agradecérselo.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Ya le dije antes que no tiene importancia.

—Irme. Me encuentro mucho mejor, gracias a usted. Mi astronave no está muy lejos.

Hubo un silencio emocionado.

—Adiós, señora Warren y muchas gracias.

—Adiós. No hay de qué.

Ella se dirigió a la puerta.

—¡Un momento!

—¿Qué desea?

—Se olvida la radio.

Cogió el aparato y salió al jardín, sintiendo que empezaban a temblaría las piernas.

Apretó, no obstante el paso, llegando a la cocina donde se quedó inmóvil, hasta dejarse caer en una silla donde empezó a llorar ruidosamente.

La crisis nerviosa le pasó pronto.

Desde la cocina miró con temor al garaje, viendo con asombro que la puerta estaba completamente cerrada.

«¿Lo habré soñado?» — se preguntó aterrada.

Se precipitó sobre el teléfono estableciendo comunicación con la oficina de su esposo.

—Ven en seguida, Harry.

—¿Ocurre algo, querida?

—Me encuentro un poco rara. Ya te contaré.

—Voy ahora mismo.

Cuando salía al «living», un coche se acababa de detener ante la puerta de la casa.

—Dios mío, los Templer!»

Eran ellos, en efecto, y la pobre Anna hubo de hacer de tripas corazón para que la simpática pareja no pudiese sospechar nada. Afortunadamente, el «living» estaba impecable y pudo atenderlos como lo deseaba.

—¿Una taza de té, reverendo?

Subió a la cocina para prepararlo, cuando vio el coche de su esposo que llegaba.

Harry abrió la puerta del garaje.

Ella estuvo a punto de gritar algo, pero la presencia de la visita se lo impidió.

Volvió la cabeza y siguió atenta a su trabajo.

— ¡Anna!

Su esposo la llamaba desde la puerta del garaje.

—¡Anna!

—¿Qué quieres, querido?

—¡Ven un momento, por favor!

Ella le hizo un gesto para indicarle que tenían visita, pero él no debió entenderlo.

Saliendo por la puerta de la cocina, Anna corrió hacia el garaje, mientras sentía fuertemente los latidos de su corazón.

—¿Te refieres al saco de carbón que he comprado, Harry?

—¿Carbón? ¿Para qué has comprado carbón?

—Lo puse en el garaje.

—¿Dices que carbón? ¡Pero si esa especie de maletín pesa cerca de cien kilos!

Ahora fue ella la extrañada.

—¿Dices un maletín?

—¡Ven a verlo, querida! Por eso te he llamado.

Penetraron en el garaje y ella, medrosamente, miró al fondo que ahora estada completamente vacío.

El maletín, más bien maleta mediana, estaba allí.

—No sé de quién puede ser —dijo ella.

—Voy a abrirlo.

No fue excesivamente difícil y cuando logró hacerlo, una exclamación de sorpresa se escapó de la garganta de Harry.

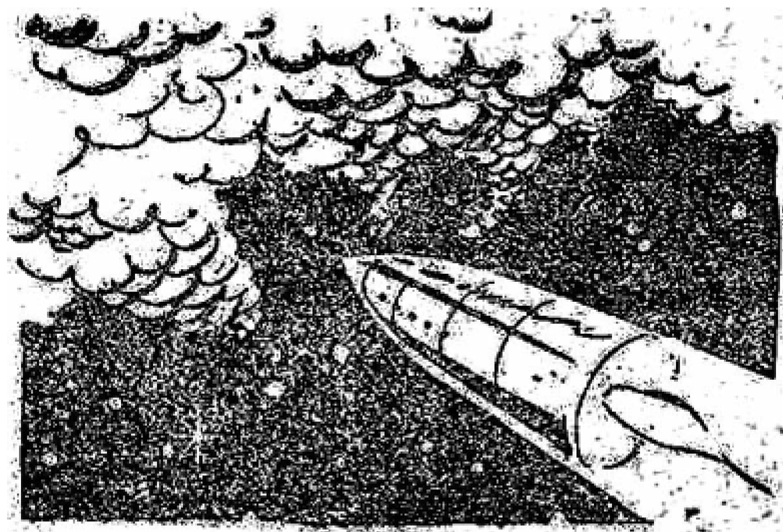
—¿De qué se trata, querido?

—¡SON BARRAS DE ORO!

Ella se abrazó a él, temblando espasmódicamente.

—¡Ya me conoces, Harry, desde hace mucho tiempo. Luego te lo contaré, pero te aseguro que podemos guardar para nosotros ese oro sin ninguna clase de remordimientos. ¡Tu esposa lo ha ganado y bien ganado!

FIN



LAS

BLANCAS

NUBES

DE

VENUS

A través del visor de la espacionave veían ya el planeta... o al menos su lívida envoltura.

En efecto; el suelo Arme, si es que existía, quedaba Golosamente cubierto por los inquietantes vapores blancos. Espesas masas gaseosas, cambiantes de forma a cada momento, sacudidas por desconocidos fenómenos meteorológicos que, a veces, rasgaban la superficie creando hondos abismos de pastosa blancura o tiñendo de amarillo terroso las altas cimas de las nubes, lo cubrían todo.

La espacionave que les conducía se acercaba vertiginosamente a la algodonosa capa, cuyo caótico aspecto fascinaba a los pilotes del bólido.

Los seis hombres y la mujer que se guarecían en su interior, contuvieron instintivamente la respiración ante el inminente contacto.

AL SEGUNDO SIGUIENTE, LA ESPACIONAVE SE HUNDIÓ EN LOS CÚMULOS OPACOS, QUE SE CERRARON TRAS ELLA COMO LAS FAUCES DE UN MONSTRUO.

ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

30.— El camino sin fin. — Clark Carrados.

31.— ¡S. O. S. Plutón!. — H. S. Thels.

32.— Retorno al Paraíso. — Louis G. Milk.

33.— Desgravitación. — S. S. Kent

34.— Los fito-venusinos. — H. S. Thels.

35.— El viajero de Saturno. — Austin Tower

36.— Una lápida en la Luna. — Clark Carrados

37.— El planeta desconocido. — Peter Barton.

38 — No hay marcianos. — Clark Carrados.

39.— Macro-Humanos de Júpiter. — Law Space.

40 — ¡Llegan los marcianos!. — H. S. Thels.

41.— Flecha al cénit. — S. S. Kent

42.— La astronave fantasma. — Law Space.

43.— Guerra de Universos. — H. S. Thels.

44.— Peste de plata. — Clark Carrados.

45.— Nosotros, los marcianos. — Law Space.

46.— Volver a empezar. — H. S. Thels.

47.— ¡No salgamos al Espacio!. — Law Space.

[1] «Árabe», en argot parisino.

[2] «¡Cerdo!», en árabe.

[3] Billetes de mil francos.

[4] «Cuarto» de vino tinto.